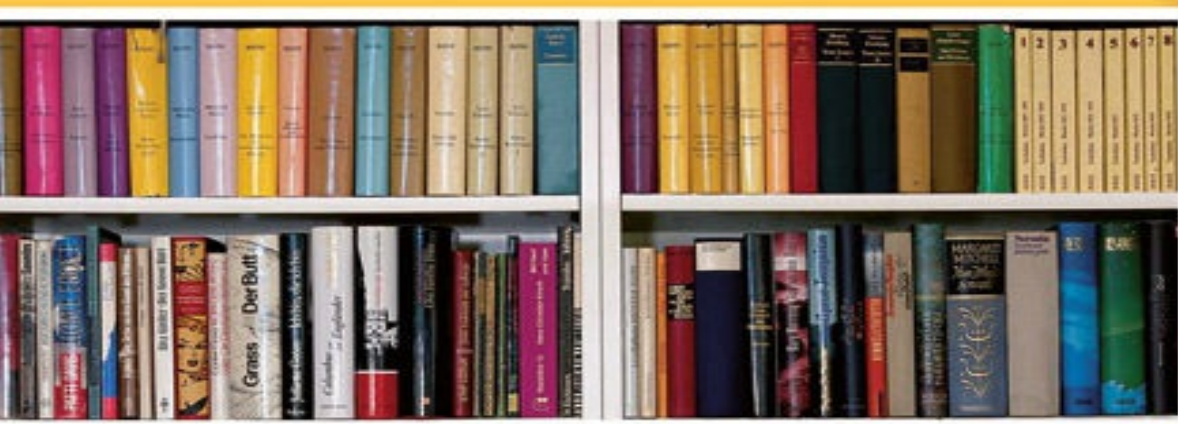


EDUCAR CON AMOR Y FIRMEZA



Silvana Tiani Brunelli

EDUCADORES **XXI**

narcea

Educar con amor y firmeza

Silvana Tiani Brunelli



NARCEA, S.A. DE EDICIONES
MADRID

Índice

PRÓLOGO Renata Capria D'Aronco

INTRODUCCIÓN

1. Qué necesita realmente la educación de hoy

El valor de la educación

Entre la rigidez y la permisividad

Educación y socialización

Cómo puede evolucionar y progresar la educación

2. Una relación sincera basada en la colaboración

Amor y firmeza a la vez

El reconocimiento del individuo

La educación se produce en la relación

Las habilidades de relación

3. La habilidad de educar con amor y firmeza

Usar la mínima fuerza necesaria

No dar apelativos negativos

No temer las reacciones

Dar indicaciones claras y directas

4. La experiencia del límite

Qué es el límite

Superar los límites

Enfrentar los límites es descubrir cómo funciona la vida

Qué sucede cuando se experimenta el límite

5. Vivir correctamente la experiencia del límite

Reconocer, comprender, aceptar y respetar el límite

Respetar los límites hace a la persona segura y fuerte

Modo de poner los límites

6. Educar sin estímulos dolorosos

Consecuencias del estímulo doloroso
Educar motivando
Prevenir las dificultades
Cuando falta el amor y cuando falta la firmeza

7. El ciclo del aprendizaje

Un viaje a la conquista del conocimiento
Las etapas del aprendizaje: aciertos y errores
Algunas estrategias importantes

8. La disciplina como habilidad

Por qué no gusta hablar de disciplina
Comportamiento y voluntad
Aprender a desear
Cómo educar la voluntad

9. Para educar mejor antes necesitamos mejorar

Cuando el educador está motivado para mejorar
Cómo se produce el desarrollo de las habilidades
Aprender del error y de las dificultades

10. Un viaje a lo más bello de la persona

Educar con habilidades de relación
Favorecer la madurez y el éxito de la persona
Descubrir la belleza de cada persona

Prólogo

La UNESCO, nacida en 1946 como Organización Internacional especializada de la ONU “con el propósito común de promover la paz a través de la cooperación intelectual”, opera en los campos a los que se refieren sus siglas: educación, ciencia, cultura, ciencias sociales, comunicación...

El Club UNESCO de Udine (Italia), intérprete –junto a otros cincuenta mil clubes y centros activos en los cinco continentes– de las finalidades de la organización mundial, se orienta a alcanzar sus fines estatutarios, siendo testimonio en primera línea del esfuerzo por la paz y por los derechos, en sintonía con las agencias de las Naciones Unidas, con los organismos internacionales y nacionales, estatales y no estatales y con las asociaciones de la sociedad civil.

Esta obra Educar con amor y firmeza de la Dra. Silvana Tiana Brunelli, miembro del Club UNESCO de Udine, presenta unos conocimientos útiles para elevar la calidad de la educación y la belleza de la experiencia humana. Recoge los temas que ofrece la autora –una psicóloga muy experimentada– en los cursos que imparte bajo el título: “El arte de educar”. Dichos cursos han obtenido un óptimo éxito con la actuación “sobre el terreno” de sus participantes, dedicados a poner en práctica la investigación acción que atañe a educar con amor y firmeza, algo que tanto docentes como educadores en general, deberían asumir con entusiasmo y convicción.

El proyecto contribuye a la edificación de la paz con el lenguaje universal de la narrativa, una elevada forma de comunicación que tiende “al Bien, a lo Bello, a lo Verdadero”. El proyecto, por lo tanto, está decididamente en sintonía con los ideales y las líneas programáticas del Club UNESCO de Udine.

El mensaje de paz de esta iniciativa y de este libro, en virtud de la encomiable dedicación e indiscutible profesionalidad de Silvana Tiani Brunelli (junto con las asociaciones culturales que dirige) a quien expresamos nuestro más vivo reconocimiento, interpreta bien los elevados valores que el corazón de todo hombre y toda mujer considera como derechos y deberes humanos fundamentales.

RENATA CAPRIA D’ARONCO
PRESIDENTA
CLUB UNESCO DE UDINE

Introducción

Este libro, centrado en el tema de *cómo educar con amor y firmeza*, propone una innovadora visión conceptual y el desarrollo de las habilidades personales, en pro de un auténtico aumento de la calidad de la educación.

Educar así, con amor y firmeza, significa perseguir un objetivo educativo (es decir, actuar con el fin de que el niño aprenda) usando nuestras habilidades de relación y ofreciendo una experiencia constructiva y positiva desde el punto de vista humano. De este modo, al final del ciclo de aprendizaje, el adulto estará feliz de haber enseñado y el menor se sentirá contento de haber aprendido.

Educar con amor y firmeza no es una técnica, sino más bien una habilidad humana que se desarrolla a través de nuestras decisiones, reafirmandolas paso a paso, mientras interaccionamos con las diversas situaciones de la vida. No habiendo recibido este tipo de formación, es difícil ofrecerla, pero es sin duda posible mejorar; y toda conquista, sea del tipo que sea, aun cuando sea pequeña, adquiere un gran significado.

Los temas expuestos aquí no pretenden decirle al educador “qué hacer”, sino ofrecer instrumentos para hacer que aumenten sus habilidades personales. Logrando una nueva madurez de base y perfeccionando las capacidades comunicativas y relacionales, las respuestas específicas surgirán por sí mismas. Me he dedicado durante mucho tiempo a este libro y he descubierto que escribir sobre educación es una tarea extremadamente delicada. Por un lado, es verdad que cada educador lo hace lo mejor posible, pero junto a ello, existe la necesidad de mejorar. Mantener el equilibrio entre estas dos verdades es central para producir una literatura sobre educación que sea útil y estimulante. Hablar de un aumento en la calidad de la enseñanza resulta eficaz cuando se mantiene la estima y el respeto por todo educador y al mismo tiempo se ofrece la ocasión de cuestionarse, de abandonar maneras de ser superadas, y de encontrar la valentía de cambiar.

Tras numerosos intentos, al final he intuido el camino adecuado: hablar de la educación con optimismo, con respeto y comprensión sincera, consciente de la libertad de elección de cada uno, de lo precioso que es todo intento de mejora, y reconociendo que la calidad de la educación puede crecer solo a través de una auténtica madurez de las personas.

La investigación en torno al tema de educar con amor y firmeza, aun basándose en un preciso itinerario conceptual, debe su vitalidad a cientos de padres y maestros que la han comprendido y que tratan honestamente de aplicarla. Los conceptos expuestos en el libro han ido madurando durante cerca de treinta años de trabajo de campo, mediante una

observación atenta de situaciones reales, presentes en las familias y en las escuelas, a través de una reflexión conjunta entre padres y educadores, y mediante numerosos proyectos aplicados para dar respuesta a las exigencias educativas.

Por ello, un sentido agradecimiento a todos los participantes de los cursos “El arte de educar” que, con la fuerza que les otorga el ser pioneros de un nuevo compromiso con la educación, me han inspirado y apoyado en la redacción de este libro. Deseo expresar mi agradecimiento a las personas y entidades que sostienen la investigación en torno a este tema, los cuales permiten que se desarrolle, y que sea accesible a un número cada vez mayor de educadores.

Concluyo con el deseo sincero de que la educación pueda ser mejor en beneficio de los niños y jóvenes. Ambos, ciertamente, se merecen nuevas oportunidades de crecimiento.

Qué necesita realmente la educación de hoy



*¿Algo bonito de mí?
Que soy alegre
y me gusta experimentar.*

CLARA ELENA

EL VALOR DE LA EDUCACIÓN

La educación tiene un inmenso valor en tanto que determina, en notable medida, la personalidad humana y, en consecuencia, la vida misma del individuo. La mayor parte de las personas viven en base a la educación recibida, o bien luchan contra esos esquemas y nociones aprendidas; pero, también en ese caso, es la formación de la personalidad la que determina el modo en que se interpretan las experiencias.

La educación es importante para el niño, para el adolescente o para el joven, porque modela su manera de ser y de interactuar con la vida. Pero es importante también para quien la ofrece, porque es una de las expresiones prioritarias de uno mismo en la existencia. Es una de las responsabilidades más grandes y más bellas, un desafío continuo en tanto que nos pide que demos, como educadores, más de lo que creemos tener y poder dar.

Estas características presentes en la naturaleza de la educación le confieren una nobleza y una primacía que la hacen absolutamente especial. La educación merece por ello la atención de todos y los mejores recursos porque, precisamente a través de ella, podemos recoger los logros más gratificantes.

Pero, ¿qué necesita realmente la educación de hoy? Por encima de todo: ser vivida en su inmensa preciosidad.

ENTRE LA RIGIDEZ Y LA PERMISIVIDAD

En el antiguo Egipto, en la antigua Grecia y en la civilización romana la educación era muy importante y se impartía a las jóvenes generaciones usando con frecuencia castigos para hacer que el proceso de aprendizaje fuera más incisivo. Los castigos corporales eran legítimos porque se consideraban útiles para los fines del estudio. El mecanismo se mantuvo, con modestas variantes, durante muchas generaciones.

Desde la antigüedad, y hasta avanzado el siglo xx, el castigo se usó sistemáticamente como método para educar y dicho modelo fue, de hecho, reconocido universalmente. Se consideraba, y algunos son aún de esta opinión, que el estímulo físico era indispensable para que los niños aprendieran. El educador convencido de esto actuaba con coerción física o moral; tanto es así que a los primeros años de enseñanza se les llama en Italia “scuola dell’obbligo” [escuela obligatoria]. En efecto, estamos acostumbrados a esta definición y no le prestamos atención, pero ¿por qué no llamarla “la escuela del conocimiento”? ¡Suenan mucho mejor!

En la segunda mitad del siglo XX los jóvenes se rebelaron ante las obligaciones, hecho que empujó a los educadores a buscar una alternativa educativa para las nuevas generaciones. Se empezó así a dar mayor importancia a la expresión de uno mismo, al respeto del niño y de sus exigencias.

Sin embargo, los métodos educativos eran aún inmaduros y entonces se cayó en lo opuesto: una educación excesivamente permisiva que enseguida mostró sus defectos. Hijos que no seguían las indicaciones de sus padres, personalidades débiles e ineptas, sustancialmente incapaces, etc. Para remediar dichos efectos se intentó eliminar el estímulo físico doloroso (el castigo corporal), pero se siguió recurriendo aún a un estímulo psicológico doloroso (el castigo moral, por ejemplo: el juicio negativo, la amenaza, el chantaje, la intimidación, la inducción de la sensación de culpa, la manipulación).

En resumen, en la cultura occidental la educación experimentó primero la rigidez y después la permisividad. La característica de dicha oscilación consiste en que ni una ni otra postura resultan adecuadas. De hecho, cuando nos situamos en un extremo, al principio gozamos de las ventajas de dicha modalidad, pero, aun así, cuando emergen sus consecuencias negativas, deseamos abandonarla lo antes posible. Vamos así al opuesto, y también aquí al principio nos alegramos de sus beneficios, pero, tras un cierto tiempo, asoman inevitablemente sus lamentables efectos. Entonces deseamos volver al extremo precedente...; y la oscilación se perpetúa sin dar nunca una gratificación plena.

*Cuando el
educador es rígido,
el niño aprende,
pero raramente
siente placer y
amor. Cuando
el educador es
débil, el niño está*

*contento, pero
aprende poco.*

Existe un aspecto positivo y otro contraproducente en ambos extremos: por un lado, es correcto que el niño aprenda, pero no conviene que sea infeliz; por otro lado, es bueno que el niño esté contento, pero es inadecuado que no aprenda. Estos son los dos opuestos a los que se hace referencia y que se alternan cíclicamente. La solución, ya se ha experimentado, no reside en ninguno de los extremos. Es verdad que la oscilación puede causar un leve progreso, ya que toda experiencia enseña y produce una forma de madurez. Se puede producir también un cierto alejamiento de los extremismos y, por consiguiente, un mejor equilibrio, pero este modelo siempre tendrá un defecto congénito.

Esta oscilación entre acciones educativas rígidas –que hieren– y acciones educativas débiles –que son excesivamente permisivas– puede observarse en ciclos microscópicos (por ejemplo, el modo de actuar de una familia a lo largo de un día) y en ciclos macroscópicos (por ejemplo, una tendencia cultural en el arco de un siglo).

De hecho, la solución óptima reside en otro lugar. Se puede abandonar definitivamente la oscilación, y madurar la capacidad de *educar con amor y firmeza*. Se puede enseñar con una relación óptima, ofreciendo al mismo tiempo una experiencia humana positiva. Se trata de una habilidad de relación en la que el educador mantiene constantemente un contacto amoroso con el niño, un intercambio hecho de comprensión y de aceptación, en cuyo interior los elementos educativos (indicaciones, límites, demandas, sugerencias, explicaciones...) se presentan de manera clara y firme.

*El acto de educar
no eclipsa el
amor presente
en la relación. El
amor no limita la
responsabilidad de
enseñar.*

Por tanto, ¿de qué tiene necesidad verdaderamente la educación hoy en día? De superar la dicotomía, el conflicto y la oscilación entre rigidez y permisividad, madurando el equilibrio entre *una educación amorosa y firme al mismo tiempo*. De este modo, ofreciendo experiencias positivas, se obtendrán resultados educativos dentro de una relación humana afectuosa.

EDUCACIÓN Y SOCIALIZACIÓN

La vida rural al principio del siglo XX estaba caracterizada por la familia extensa; por ello la tarea educativa les competía de un modo bastante genérico a los padres, a los abuelos y a los parientes próximos. Tras la segunda guerra mundial, la difusión y el

desarrollo de las industrias cambia radicalmente el tejido social, la familia extensa se reduce rápidamente, nacen las escuelas y la necesidad de impartir una educación basada en la socialización, es decir, en la capacidad de vivir junto a otras muchas personas que, al principio, resultan extrañas.

La exigencia de socialización ha surgido de manera repentina y preponderante como consecuencia del cambio económico y social acontecido en los últimos años. La responsabilidad de educar, antes atribuida a la familia, ha pasado a la institución pública. Las metas y las finalidades de la educación se han transformado profundamente. Las guarderías y las escuelas permiten trabajar a ambos progenitores y requieren que los niños, desde la más tierna infancia, acepten y sigan las reglas sociales.

El objetivo principal es que los niños aprendan lo antes posible a gestionarse de forma autónoma en un contexto social, sin la presencia y la intervención de los padres. Se han invertido muchos esfuerzos para este objetivo; y aunque se ha realizado en cierta medida, ahora empieza a mostrar signos de agotamiento. De hecho, por mucho que padres y educadores intenten socializar a los niños, este modelo educativo, tras un cierto tiempo, resulta limitante.

Los maestros no pueden centrarse exclusivamente en socializar a los alumnos, es decir, hacer que sean autónomos en el contexto social circundante; puede pasar que estén bien “integrados” y sin embargo no sean educados.

*Para la educación
se abre un nuevo
desafío y también
un nuevo ámbito
de competencia:
ocuparse de la
emancipación de
cada individuo y
de sus habilidades.*

Un joven, aunque esté bien socializado, puede ser rebelde, puede ser autodestructivo o puede asumir comportamientos antisociales. Por ello la *socialización* no es capaz de satisfacer todas las exigencias y las finalidades de la educación y, llegados a cierto punto se rebela insuficiente, o incluso en algunos contextos, contraproducente.

¿Qué necesita realmente la educación de hoy? Superar la exigencias de la *socialización* y operar en pro de una auténtica emancipación del individuo y de sus habilidades: capacidad de comunicación, expresión de uno mismo, autorrealización, habilidad de interaccionar correctamente con los demás, participar en la vida social de manera constructiva y tantas otras.

La educación es un punto de encuentro muy especial entre el mundo de lo personal, de lo privado, de lo íntimo y del universo de lo social, del bien común y de las instituciones públicas.

Cuando los padres educan a su hijo, su acción está determinada tanto por *factores*

personales como por *factores culturales*. Es fundamental distinguir estos dos aspectos y vivirlos de un modo correcto para no menoscabar uno u otro.

Cuando la acción educativa es correcta y equilibrada produce bienestar y enriquece, tanto en el plano personal como en el colectivo. Al individuo respetado en su unicidad le parece justo contribuir a la riqueza de la colectividad.

Un contexto social sostenido por individuos maduros, permite respetar en mayor medida al individuo. La ventaja es por tanto personal y social al mismo tiempo. En cambio, en el contexto en el que se daña al individuo en su integridad física o moral, este dolor revierte en el contexto social.

Para educar de manera armoniosa y completa es importante que el educador distinga entre: las acciones educativas que son útiles para que el individuo aprenda a vivir correctamente (*madurez personal*); y las acciones educativas necesarias para aprender a vivir en la sociedad de pertenencia (*socialización*). La madurez personal y la socialización son acciones que conviven y que son indispensables, pero deben considerarse distintas y de la misma importancia; es decir, una no debe abusar de la otra y, es más, una no debe menoscabar a la otra. Es importante que se alineen y se sostengan de manera recíproca.

Las acciones educativas dirigidas al individuo con el fin de que aprenda a vivir correctamente no deben mezclarse ni confundirse con las acciones necesarias para la *socialización*. Se trata de dos cuestiones diferentes. Cada una de ellas necesita de unas modalidades educativas que se adecúen a perseguir su propio y específico objetivo.

Otro aspecto necesario en la educación actual es que los educadores sean claros con los niños respecto a qué se requiere para aprender a vivir bien y para lograr la madurez personal, y qué es lo necesario para estar integrado de una manera adecuada en la sociedad de pertenencia.

La sociedad en la que vivimos es muy compleja y se ve animada por una vertiginosa transformación científica, tecnológica, económica y social; todo esto requiere una evolución igualmente válida de las habilidades humanas en la educación. La tecnología ofrece a los ciudadanos nuevas posibilidades y acrecienta el poder de acción tanto del individuo como de la colectividad. Una aceleración de este tipo requiere sin duda de un desarrollo igual de rápido de las capacidades humanas, de la madurez del individuo y de las habilidades de relación y de cooperación.

CÓMO PUEDE EVOLUCIONAR Y PROGRESAR LA EDUCACIÓN

El progreso de la educación puede lograrse concibiendo y persiguiendo un nuevo fin: la emancipación del individuo. Un individuo emancipado es una persona capaz de realizarse plenamente en la vida, una persona capaz de escoger y usar su propia voluntad para obtener las metas deseadas; que sabe y quiere interaccionar correctamente con los demás en el plano personal y en la vida social.

El concepto de emancipación invita al educador a dirigir la atención hacia el niño, en tanto que individuo consciente, y a sostenerle en su crecimiento como persona.

Una educación dirigida de forma prevalente a obtener la socialización es aquella que se ocupa sobre todo de gestionar el comportamiento de las nuevas generaciones. Su objetivo es que los jóvenes hagan lo que es justo y que eviten las acciones erróneas. Se trata de una meta a menudo presente, pero que carece de instrumentos y de contextos para llevarla a cabo. La educación puede enriquecerse con espacios formativos que desarrollen las *habilidades de relación*, las *habilidades personales* y el *conocimiento de uno mismo*.

- *Las habilidades de relación* comprenden: la comunicación, la colaboración, la expresión de uno mismo, las buenas relaciones familiares, la dinámica del grupo, la participación en la vida social...
- *Las habilidades personales* incluyen: la capacidad de elección, el uso de la propia voluntad, la maestría a la hora de llevar a cabo los propios fines, la destreza a la hora de superar de modo ético los obstáculos, y también el discernimiento, la inteligencia, la creatividad...
- *El conocimiento de uno mismo* significa: ser consciente de sí mismo, poder dirigir con éxito la propia atención, reconocer las propias dotes, ser consciente de la propia libertad y responsabilidad de elección, y aceptarse plenamente...

Todas estas habilidades pueden potenciarse y desarrollarse ulteriormente y conducen a la obtención de importantes resultados en el plano humano. Estas metas, una vez realizadas, se revelan no solo como esenciales, sino también como fundamentales para construir cualquier otra forma de progreso, en tanto que otorgan un profundo significado a los esfuerzos invertidos.

La educación puede aspirar a una nueva madurez y completitud, características capaces de responder a todo el universo del ser humano: el cuerpo, la mente, los sentimientos, la conciencia de uno mismo y las relaciones con los demás y con el ambiente circundante. Para ello es necesaria una auténtica motivación y un esfuerzo por parte de los educadores que, sumados a nuevos conocimientos y habilidades, pueden producir un cambio constructivo. Toda persona que desempeñe un rol educativo debe perseguir que los más jóvenes puedan estar contentos de ser ellos mismos y de vivir en una sociedad que respetan y que les respeta.



Puntos clave

- ✓ La educación debe ser vivida en su inmensa belleza.
- ✓ La educación debe superar la oscilación entre rigidez y permisividad y crear un nuevo equilibrio entre emancipación personal y socialización, entre lo privado y lo social.

✓ La educación debe concebir nuevas metas orientadas a la emancipación del individuo.

Una relación sincera basada en la colaboración



*¿Algo bonito de mí?
Que se me da muy bien la escuela,
que soy capaz de llegar a acuerdos
y que soy cariñosa con mi gato.*

ESTELA

La habilidad de educar con amor y firmeza puede ser descrita como la capacidad de reconocer completamente al individuo y, al mismo tiempo, guiarlo en sus experiencias formativas. El educador puede respetar totalmente al niño y obtener el resultado deseado (que éste aprenda), manteniendo una buena relación interpersonal. Enseñar y guiar al niño, al adolescente o al joven dentro de una relación impregnada de afecto es una habilidad de relación que puede madurar en el tiempo gracias a una mayor comprensión, a la toma de decisiones y al esfuerzo personal.

Aunando amor y firmeza se comprueba la existencia de un maravilloso equilibrio hecho de respeto, complicidad y guía. El educador puede explicar, mostrar, detener y al mismo tiempo construir una relación bella y propositiva. Se pueden alcanzar los fines presentes en el proceso de crecimiento partiendo de una relación sincera, basada en la colaboración. Se pueden gestionar las exigencias de la vida cotidiana sin estropear la relación delicada y profunda que pone en contacto a dos individuos.

*La unión entre amor
y firmeza genera
aceptación y calor
humano, pero
también sensatez y
eficiencia.*

AMOR Y FIRMEZA A LA VEZ

El amor es relación, apertura, estima, respeto, alegría de estar juntos; es un sentimiento profundo e íntimo que expresa la belleza del ser humano. Reconocer el amor en nosotros mismos y en los demás, y mostrarlo, es sin duda una de las experiencias importantes en la vida.

El *amor* ocupa un rol central en la educación, porque la relación entre padres e hijos es, antes que nada, una relación de amor. El amor vivido de una manera madura no es solo un sentimiento, sino también la voluntad de ponerse al servicio del otro, de cuidarlo, de prestarle nuestra atención, de responder a sus exigencias y de aceptarlo en sus expresiones.

La *firmeza* se basa en el conocimiento y es la capacidad de “mantenerse firme” ante una indicación dada, sin cambiarla. Una columna mantiene el peso del arquitrabe y no cede, no vacila, no se cae: está firme. Del mismo modo, puede mantenerse firme una persona: puede sostener un valor, una elección, una regla de vida, sin cambiar.

La persona puede ser clara, decidida, coherente y persistente; puede guiar el comportamiento del niño permitiéndole conocer gradualmente la vida. Los niños son realmente muy persuasivos en su insistencia y ponen a prueba a sus educadores. La firmeza es el poder de mantener la indicación que se ha elegido sin deteriorar la relación personal.

*Ser amorosos y
firmes significa
mostrar la dignidad,
el respeto y el calor
humano presentes
en el amor mientras
se reafirman
los valores, las
elecciones y las
reglas que hay que
enseñar.*

Estas dos cualidades profundamente humanas, la posibilidad de amar y la capacidad de mantenerse firmes, deben unirse, ponerse juntas, compenetradas y entrelazadas la una con la otra.

En algunos momentos de la jornada se viven expresiones de afecto de forma espontánea. En otras situaciones los educadores ponen límites, con firmeza. Estas dos expresiones pueden fundirse la una en la otra y dar vida a la capacidad de ser firmes y afectuosos al mismo tiempo. Se puede pensar en una amorosa firmeza como en una condición única que exprese tanto el profundo afecto por el niño como la voluntad de educarlo. Por eso el gesto que detiene, que no permite, que limita un comportamiento, es un acto amoroso que enseña. No es una acción que quiere herir, no se pretende limitar un juego o una posesión para producir sufrimiento.

He visto a una madre golpear a un niño para detenerlo y después besarlo para consolarlo. Primero ponía un límite con una herida, después ofrecía su amor: dos acciones distintas. La intención de la madre era positiva (enseñarle algo útil al hijo), pero la relación que instauraba era dolorosa (el hijo estaba disgustado). La madre podría haber puesto el límite de un modo amoroso desde el principio, sin herir, sin golpear. Simplemente con decisión, firme pero amable; habría podido detener el gesto del niño y explicarle la razón de su intervención, con una sonrisa.

Educar con amor y firmeza es mucho más que la suma de dos cualidades humanas. El desarrollo de dichas capacidades comporta una transformación del educador. De hecho, cuando una persona trata de educar de manera amorosa y firme se dirige hacia un auténtico proceso de crecimiento personal, ya sea respecto al modo en que se ve, se lee y se comprende la vida, como en relación a la manera en que respondemos a la misma; ambas cambian, evolucionando hacia una mayor sensibilidad e integridad.

Por eso, ser amorosos y firmes no es solamente un comportamiento útil para gestionar una situación con un niño, sino que es una condición humana de madurez, un nuevo nivel de cuidado en relación a uno mismo, a los demás, a la vida y, en primer plano, de aquellos a quienes estamos educando.

*Se abre así un
nuevo desafío:
amar al niño y
guiarlo en su
crecimiento, sin prescindir
del amor en
la actuación
educativa.*

El amor le da a la relación su sentido más profundo: ¿por qué estamos juntos? Estamos juntos para comprendernos, para aceptarnos, para amarnos. La firmeza permite obtener resultados en la vida y además confiere una particular belleza. Hay cosas que vuelven bello a un cuerpo (vestidos, perfumes, joyas), hay otras que vuelven bella una casa (muebles, cuadros, flores), y hay otros elementos que vuelven bella a la persona. La firmeza es uno de ellos. *Ser firmes significa ser capaces de sostener un valor*, de no perderlo en la presión o en la confusión de la vida.

EL RECONOCIMIENTO DEL INDIVIDUO

En la base del educar con amor y firmeza se halla el reconocimiento del individuo. El hecho de que un niño exista es una verdad preciosa. Todo niño es un individuo consciente de sí mismo y de los demás, es un individuo con dignidad y valor. La naturaleza de la conciencia se manifiesta en la libertad de elección.

Una educación mejor se basa en el reconocimiento del individuo, en apreciar su capacidad de ser consciente de sí mismo y de los demás y en apoyar su libertad de

elección. Cuando una persona dedica su atención al otro, empieza a conocerle y, de ello surge un sentimiento natural de profundo respeto.

A menudo la atención de los padres se centra en lo que el niño dice y hace, o bien en lo que no quiere hacer, mientras que la percepción de quién es el niño permanece confusa. El interaccionar con el otro en el plano de la conciencia genera el placer de cuidar amorosamente de ese individuo único e irrepetible.

*Ser capaces de
reconocer al otro en
tanto que individuo
consciente es
una habilidad
de relación muy
potente que evita numerosas
dificultades en la
educación.*

El reconocimiento del otro hace que emerja de una manera espontánea una sensación de respeto y afecto. En la relación, la estima del individuo es prioritaria respecto a otros factores. De hecho, cuando un niño se siente reconocido como individuo único y consciente, cuando se siente respetado y apreciado, acepta más fácilmente las indicaciones que se le dan y le gusta colaborar con su educador.

En las interacciones de hoy en día surgen muchos problemas a raíz del simple hecho de que situaciones banales de la cotidianidad (haber vertido la leche, haberse olvidado de cerrar un cajón, haberse manchado los pantalones...) se vuelven más importantes que el individuo. A menudo la atención de los adultos queda absorbida totalmente por los acontecimientos que suceden, mientras el cuidado del otro se pierde y la calidad de la relación decae.

En cambio, cuando el respeto del individuo ocupa precisamente una posición prioritaria, todos los demás acuerdos se vuelven más fáciles y fluidos. Se hace así posible enseñar y, al mismo tiempo, mantener una buena relación.

La atención se detiene a menudo sobre lo que el niño quiere y hace (agarra, dice, camina) y también sobre lo que no quiere y no hace (no estudia, no recuerda, no ordena). Pero rara vez se centra simplemente en quién es el niño. Prestarle atención al niño en tanto que individuo consciente permite desarrollar una relación madura, de conocimiento profundo y recíproco, capaz de producir una colaboración intensa y auténtica.

*Podemos mirar a
nuestros niños a los
ojos y comunicarles:
"Soy consciente de
ti como individuo,
eres inmensamente*

*precioso para
mí". Un gesto
esencial, de gran
humanidad;
un alimento
indispensable para
un crecimiento
armonioso.*

Esta relación es la base sobre la que se puede construir todo lo demás: nociones, reglas, acuerdos, límites, enseñanza. Un niño que se siente reconocido y respetado como individuo estará dispuesto a escuchar, a entender, a seguir las indicaciones y, si es necesario, a corregir su propio comportamiento. Para desarrollar todas estas potencialidades, es indispensable ofrecerle reconocimiento sincero.

LA EDUCACIÓN SE PRODUCE EN LA RELACIÓN

La educación es un proceso de crecimiento que se produce sobre todo en la relación. Varios medios ayudan a aprender y a crecer: los libros, la televisión, el ordenador.... Pero aunque estos medios sean cada vez más refinados y potentes, el alma del educador sigue encontrando su sede privilegiada en la relación humana, en la transmisión viva de un individuo consciente a otro. La relación es por eso el lugar ideal dentro del cual se produce la educación.

Imaginemos la relación como un tubo que comunica a dos personas. Si el tubo está entero y vacío, podremos lanzar una pelotita por un lado y ésta llegará a la otra persona. Si en cambio está roto, si tiene un agujero, la pelotita se caerá y no alcanzará al otro. Si el tubo está obstruido con algún material, la pelota se detendrá durante el trayecto y de nuevo, el otro no la podrá recibir, y además el tubo pesará más.

Como la pelotita del ejemplo, así es como se produce la comunicación entre dos personas. De hecho, en una relación sana y tranquila los mensajes parten de una persona y llegan a la otra produciendo comprensión. En una relación que se ve comprometida por interrupciones, incomprensiones y rencores, el mensaje no llega, o bien llega distorsionado y alterado.

Observemos también el caso en el que una sustancia coloreada y pegajosa ensucia la parte interna del tubo: toda pelota que lo atraviere saldrá "manchada". Uno trata de encontrar una buena solución y el otro se exaspera cada vez más: la intención es una y el efecto es el opuesto.

A menudo las personas comunican un mensaje aspirando a una buena colaboración pero en cambio obtienen un resultado indeseado. Por ejemplo, el padre explica la importancia de una regla de vida y espera que el niño comprenda y siga la indicación; este en cambio está enfurruñado y actúa de forma completamente opuesta en relación a las palabras que ha escuchado. ¿Por qué sucede así? Es la consecuencia de una comunicación poco eficiente.

Para educar necesitamos de una relación en la que poder enviar y recibir mensajes. Si falta una relación válida, será difícil construir una educación satisfactoria. Por eso el padre o el maestro que piensan “deseo educar lo mejor que pueda a este joven”, deberían también tomar en consideración esta importantísima reflexión: “deseo construir una buena relación con él”.

Si el educador no es consciente de la importancia de la relación puede comprometerla, incluso involuntariamente. Cuando un adulto se dispone a enseñar, o simplemente a interaccionar con un individuo en desarrollo, debería tener un cuidado extraordinario con la relación humana. Si a causa de una herida, de una mentira o de una incomprensión se ve dañada la relación, ésta debe volverse a sanar, a recuperar, a restaurar a través de una aclaración y una solución positiva.

El educador debe pensar en educar en la relación, no fuera de ésta. He visto a padres hablar con su hija con un planteamiento similar al que tendrían con sus vecinos: estaban convencidos desde el principio de que ella no les escucharía ni seguiría sus indicaciones. Las palabras se lanzaban “fuera de la relación”, parecía que hablasen solos... Volviendo al ejemplo de antes, parecía que lanzaran las pelotitas hacia todos lados menos dentro del tubo de la comunicación con la hija.

*Educación significa
llegar al otro y esto
tiene lugar gracias
a la relación.*

Educación sin usar estímulos dolorosos

El dolor enseña, pero no debería ser usado voluntariamente para enseñar. Si un niño apoya la mano sobre una superficie candente y siente una intensa quemazón, aprende al instante a evitar en un futuro ese objeto. El aprendizaje es inmediato y estable en el tiempo; en adelante, el niño no volverá a tocar objetos candentes. El dolor es un mecanismo de defensa del cuerpo y lo protege de los peligros, pero en las relaciones humanas la experiencia dolorosa tiene una naturaleza distinta.

Si el malestar que se crea en la relación no se comprende ni se perdona, éste socava la relación misma. Si, por ejemplo, un adulto usa un estímulo doloroso para enseñar (por ejemplo, grita), eso dejará una sombra en la relación interpersonal. El niño podrá advertir un rencor, una sensación de tristeza o de rabia; emociones que buscarán un desahogo, que generarán a su vez otras reacciones y otras incomprensiones. Se creará un círculo vicioso aparentemente sin salida.

En este sentido, la expresión “estímulo doloroso” tiene un significado concreto. Indica toda acción que produce una forma de malestar en el niño y que se usa con la intención de ayudar en el proceso de aprendizaje. Los estímulos dolorosos son de distinta naturaleza: *emocionales* (asustar con un tono de voz demasiado fuerte), *de relación* (amenazar al niño con dejarle solo) o *de significado* (juzgarle negativamente).

En realidad, se trata de un malestar que, con un poco de esfuerzo, podrá evitarse; y así el niño será capaz de aprender a través de experiencias compartidas en una relación amable y constructiva con el educador.

Para mejorar realmente la calidad de la educación, la primera acción de los educadores consiste en tomar la decisión de enseñar sin usar estímulos dolorosos. Esto quiere decir intentar educar sin dañar, sin herir de ninguna manera al niño o al adolescente; no golpearlo ni física ni moralmente.

Deseo subrayar que se trata de una decisión libre por parte del educador. No es una regla que haya que asumir por deber, como quien se pone automáticamente un traje: es una elección íntima, individual y libre, puede darse o no.

Muchos padres y maestros se esfuerzan sinceramente para hacer que la experiencia educativa sea mejor, y esta elección es una acción concreta que está en la base de muchos otros resultados. Incluso cuando el educador decide intentar educar sin dañar, la herida puede producirse de todos modos, por eso hablo de una intención sincera, porque será una mera tentativa durante un cierto tiempo. En este caso, cuando se produce entre dos personas una ofensa que provoca malestar, esta se aclarará y se perdonará fácilmente, se olvidará y no dejará huella. Por el contrario, la ausencia de la decisión de no dañar, sumada a ofensas reiteradas, alterará la relación educativa haciendo que sea más difícil, con resultados a veces más rápidos pero menos duraderos. Las palabras del educador perderán cada vez más poder y a ellas no les seguirá una obediencia auténtica.

La naturaleza de la amabilidad

De entre las capacidades humanas importantes en el itinerario formativo destaca la *amabilidad*. Su rol es determinante. La cortesía es una cualidad natural del individuo, pero al mismo tiempo representa una habilidad para enseñar y aprender. Es una expresión de cuidado y de belleza propia del ser humano y representa un ingrediente insustituible de todo acto educativo. Comunicarse de una forma amable es fuente de placer porque nuestras expresiones verbales y gestuales llegan a los demás sin dañarles de ningún modo. La relación interpersonal se convierte así en un lugar seguro en el que ser uno mismo sin tener que defenderse.

La palabra, el gesto, la acción amable expresan un sentimiento espontáneo de respeto, de cuidado y de afecto en relación al niño o al adolescente, porque ésta es la naturaleza de la amabilidad: mostrar una positividad en relación al otro.

El resultado de la amabilidad es la seguridad. Cuando el educador trata de enseñar sin dañar, causa un efecto portentoso: el niño se siente seguro, no teme al adulto, no tiene necesidad de defenderse de él, de esconderle pensamientos o acciones, de atacarle. La relación entre el niño y el educador se convierte por entero en un lugar seguro, un intercambio en el que uno se puede expresar sin miedo a que le ofendan y sin sentirse culpable por haber infligido un dolor evitable.

*permite la apertura,
de modo que el
conocimiento
queda “fijado” en la
mente, de la misma
forma que una
imagen se imprime
sobre una plancha
fotográfica.*

Además, la seguridad es la condición ideal en la cual las indicaciones y las enseñanzas que se le dan al niño o al adolescente arraigan mejor, y de un modo más duradero. Por el contrario, cuando el niño es alterado por el miedo o el temor, se encierra en sí mismo y su atención va dirigida sobre todo a evitar el problema en cuestión. El niño, no se ocupa de adquirir y apropiarse del conocimiento que se le transmite. En vez de preguntarse: “¿Cómo puedo recordar este concepto?”, el niño se pregunta: “¿Cómo puedo evitar el castigo?”.

En las situaciones felices y serenas, la amabilidad aparece de manera espontánea. En los momentos de dificultad, tiende a desaparecer, cediéndole el lugar a otros sentimientos. Un desafío óptimo para el educador es tratar de mantener la decisión de no herir, ni con los gestos ni tampoco con las palabras, en cualquier contexto, en cualquier situación, incluso en las más difíciles.

*Cuanto mayor es
la amabilidad y,
en consecuencia,
la seguridad y
la confianza,
tanto mejor
será el contexto
para aprender
y apropiarse del
conocimiento.*

La amabilidad se manifiesta de manera espontánea cuando reconocemos el valor del otro. El grado en que un sujeto da valor al otro determina la proporción en la que es amable. Cuando un individuo está muy cansado, por ejemplo, sus exigencias personales son fuertes y urgentes, por eso pierde de vista el valor del otro y tiende a ser descortés. Cuando, en cambio, deseamos mucho la cercanía de una persona, somos amables y afables.

En la educación, el adulto es amable en la medida en que reconoce el valor del niño como individuo consciente.

LAS HABILIDADES DE RELACIÓN

Tanto los padres como el maestro, con su acción educativa, tratan de obtener determinados resultados: que el niño aprenda a comer solo, a vestirse, a conocer las reglas de tráfico, a colaborar con los demás, a escribir, a leer, etc. El educador se plantea una meta: “deseo que aprendas, deseo que tengas este conocimiento, deseo que tengas esta habilidad”. La habilidad relacional es la manera ideal de obtener los resultados deseados.

Para enseñar, el educador puede explicar, puede mostrar, puede servir de ejemplo, puede pedirle al niño que repita una determinada actividad. Poniendo en práctica las habilidades humanas de estar juntos, de transmitir y de enseñar, van madurando gradualmente los resultados educativos.

Una persona que decide emprender un viaje tiene una meta, el lugar de destino, y tiene un medio de locomoción, por ejemplo una barca, o un coche. El viajero sabe que podrá alcanzar su objetivo gracias a su vehículo, por eso lo cuida y lo tiene en consideración. No veremos nunca a un marinero subir a su barca y dañarla con golpes o prenderle fuego. El marinero se preocupa porque la barca funcione porque es el medio que le llevará a la meta deseada.

El maestro tiene frente a él su meta –“Enseñar a escribir a una niña”, o bien “Ayudar al estudiante a aprender las fracciones”– y debe pensar en llegar hasta ella con el uso de las habilidades recíprocas de relación. El viaje del aprendizaje se produce en la relación humana y avanza precisamente gracias a las habilidades de interaccionar correctamente. En consecuencia, decir frases que dañan la relación equivale a incendiar la barca en la que se está viajando, significa socavar o destruir el medio que tendremos que usar para conseguir el resultado.

Por eso, cuando un educador se plantea un objetivo, como por ejemplo “Deseo enseñar a pintar”, debería tomar en consideración la forma más adecuada: “Lo haré instaurando una relación óptima con los niños”.

*Cuando el niño
aprende con
facilidad, educar es
simple y no requiere
de particulares
esfuerzos. Si,
en cambio, el
aprendizaje no se
produce de manera
automática y
espontánea, requiere
de extraordinarias
habilidades de
relación.*

Una de las preguntas que se plantean muy a menudo los padres y maestros es la siguiente: *¿Cuál es la diferencia entre firmeza y rigidez?*

Ser *firmes* significa mantener una postura justa, pero que también permite ser abiertos y realizar cambios cuando sobrevienen nuevos elementos. Dicho cambio tiene lugar por elección, no por debilidad o por dificultad, y no compromete la autoridad de la figura educativa. La rigidez impone *a priori* no cambiar y no tomar en consideración los elementos que intervienen o que están en marcha.

Ser firmes significa decidir, no cambiar la instrucción impartida para conseguir un resultado, no renunciar a la meta prefijada. La postura del educador puede ser descrita por la frase: “Decido no cambiar la indicación dada porque deseo que el niño aprenda”. Ser rígidos equivale a no poder cambiar por falta de madurez y de habilidad. El educador está en la postura: “No quiero cambiar” pero le falta un verdadero objetivo o bien carece de una auténtica relación.

Cuando es firme, el educador también puede mostrarse afectuoso; por el contrario, cuando es rígido, rechaza la comunicación con el otro y, para reafirmarse, debe abusar de su poder.



Puntos clave

- ✓ Educar con amor y firmeza significa enseñar y guiar al niño, al adolescente o al joven en una relación impregnada de amor, de respeto y de reconocimiento del otro en tanto que individuo consciente.
- ✓ El educador puede decidir educar sin usar voluntariamente estímulos dolorosos.
- ✓ La educación tiene lugar en la relación: para educar de manera eficaz y útil es necesaria una buena relación.
- ✓ La amabilidad, es decir, el tratar de no dañar, produce seguridad y ayuda a aprender.
- ✓ Los resultados educativos son metas que hay que perseguir y alcanzar mediante el uso de las habilidades de relación.

La habilidad de educar con amor y firmeza



*¿Algo bonito de mí?
Que me esfuerzo mucho.*

VALENTINA

Educar con amor y firmeza representa un gran desafío sobre todo en el plano práctico porque, tras haber comprendido los conceptos, su aplicación no es automática. Es probable que la mayoría de nosotros no hayamos recibido una educación amorosa y firme, y en consecuencia no sepamos darla.

Si de todos modos tratamos de obtener los resultados del aprendizaje sin usar estímulos dolorosos, nos estaremos dirigiendo hacia un proceso de crecimiento personal.

La parte más difícil consiste en lograr mantener el amor y la firmeza en cada circunstancia. Los padres y los maestros son afectuosos y son también capaces de ser firmes pero, en los momentos difíciles, a veces no logran persistir o pierden la paciencia, y con ella se desvanece también el afecto.

Para poner en práctica con más facilidad el estudio sobre el amor y la firmeza examinaremos a continuación algunos instrumentos.

USAR LA MÍNIMA FUERZA NECESARIA

Cuando el educador enseña o da una indicación debería usar solo la dosis de fuerza necesaria para obtener el resultado, y no más. El educador debería ser solo un poco más fuerte que el niño, no mucho más fuerte. Cuando el padre es solo un poco más fuerte que el niño y usa el mínimo de energía necesaria para obtener el resultado deseado, con su comportamiento comunica un mensaje que equivale a “estoy aprendiendo”. Si el educador es demasiado duro porque usa una fuerza excesiva, o bien un impulso no indispensable, entonces la vivencia del niño podrá ser “el maestro está enfadado”. El acto

de aprender pasará a segundo plano y perderá importancia, mientras la atención quedará capturada por la reacción emocional del adulto.

Si un padre tiene la necesidad de quitar un objeto de las manos al niño, puede hacerlo delicadamente, usando solo la fuerza necesaria y transmitiendo, al mismo tiempo, cuidado y amabilidad. De este modo, se respetará el umbral de sensibilidad del niño. Si el adulto, que es más fuerte, usa un nivel de expresión mucho más intenso que el mínimo indispensable, el niño, gradualmente, perderá su natural delicadeza y empezará muy precozmente a aplicar el mismo método; por ejemplo, gritará, en vez de pedir las cosas por favor.

Cuando una niña de ocho meses alarga la manita para tocar, por ejemplo, una olla hirviendo, y su mamá la quiere detener para evitarle un sufrimiento, puede realizar un gesto delicado, como quien aparta una pluma, evitando movimientos bruscos. De este modo, la atención se dirigirá efectivamente al resultado deseado: que ese objeto peligroso no hiera a la niña.

Usar la mínima fuerza necesaria no significa que seamos débiles. Se usa solamente la fuerza que permite obtener el resultado deseado. Si no queremos que el niño se pinche con un cactus, lo alejaremos de la planta con la energía justa y con determinación pero sin una reacción exagerada, ni física ni emocional.

*Si el niño se siente
"atropellado" por el
adulto, reaccionará,
y educar se
convertirá en un
acto cada vez más
difícil.*

Usar la fuerza mínima indispensable incluye también la inmediata interrupción de explicaciones e indicaciones en el instante en que el niño obedece y las sigue. A veces los padres dan una indicación y, al principio, los hijos son reticentes; después, llegado un cierto punto, aceptan y la siguen. En ese instante los padres deberían dejar de insistir y agradecer la colaboración brindada por el hijo. El resultado de usar la mínima fuerza necesaria es este: la acción educativa se convierte en un gesto que enseña, y no en un acto de atropello.

NO DAR APELATIVOS NEGATIVOS

Además de usar solo la fuerza necesaria, también es importante no dar inútilmente apelativos negativos a las cosas. Por ejemplo, señalar a la roca sobre la que ha tropezado una niña como "caca"; o a las situaciones o a las personas, como por ejemplo: "Niño malo, no se tira la foto del abuelo". Se puede enseñar a no tocar algo o bien a manejar con cuidado un objeto frágil, sin dar ningún apelativo negativo.

A veces los adultos ilustran todo aquello que el niño no debería hacer y las desventuras que le podrían suceder, en vez de decir simplemente: “Hazlo mejor de esta forma, o de esta otra”. Por ejemplo, una madre impide que una niña juegue con las tijeras muy afiladas. Es superfluo decir: “Malas, caca”. Basta simplemente con explicar: “Ahora no jugamos con las tijeras”. No es necesario dar un apelativo negativo al objeto para alejarse de él. Si un niño desea una camiseta nueva o bien un adolescente espera recibir una moto, no podremos decirles: “No, porque es caca, es mala”.

Decidir tocar o no tocar un objeto, usarlo o no usarlo, son simples elecciones. No es necesario dar apelativos o justificaciones porque no ayudan a interaccionar mejor con los objetos y con las diversas situaciones de la vida. Es mucho mejor tomar una decisión, comunicarla con serenidad y enseñar al niño a aceptarla.

Cuando el educador teme no saber gestionar la situación, da apelativos negativos, creyendo obtener con mayor facilidad la colaboración del niño. En realidad empieza así a alimentar una interpretación excesiva, o bien una acumulación de datos erróneos que enseguida se transformarán en obstáculos inútiles. Dado que la mamá o el papá temen que la niña no acepte la sencilla indicación de “ahora no usamos las tijeras”, convierte las tijeras en “caca” para poderlas abandonar más fácilmente. Pero de este modo, y probablemente sin querer, el educador induce a un error lógico de pensamiento. La acción correcta que la niña puede hacer es “aceptar no usar las tijeras”. La mejor acción que el educador puede llevar a cabo es “enseñar a aceptar un límite”.

A menudo, los educadores no reconocen el momento en el que es justo enseñar a aceptar la realidad y aburren dando demasiadas explicaciones o haciendo interpretaciones que no son ciertas.

En la famosa fábula de “la zorra y las uvas”, la uva está verde, por eso la zorra no la desea. ¿No podría tratarse de una zorra vaga que no se esfuerza lo bastante en saltar? O bien tal vez la zorra no es capaz de saltar tan alto como para coger la uva y debería aceptar con humildad y dignidad su límite. ¡Cuánto puede variar la interpretación que le damos a una situación real!

Las cosas, para que las dejemos, no deben necesariamente ser “caca”, ni malas, ni horribles, ni peligrosas. También porque después esas mismas “cosas” nos las volveremos a encontrar en el transcurso de la vida y en otras situaciones las necesitaremos y las usaremos.

A veces se crean situaciones paradójicas, en las que los adultos impiden ciertas actividades a los niños, como por ejemplo juegos, comportamientos o bien el empleo de objetos y utensilios que desean utilizar. Tras algunos años, se vuelve a plantear la misma situación y el adulto requiere precisamente el uso de ese objeto, pero ahora el joven lo rechaza (por ejemplo, cortar con las tijeras).

Observamos también otro ejemplo: un niño corre, se cae, y se hace daño ligeramente en su rodilla con una piedra. Y entonces, en la persona que acude en su ayuda, se inician una acumulación de juicios negativos: la piedra es mala, el día es feo, el camino es el equivocado, el niño es desobediente... Estos pensamientos no ayudan en absoluto a vivir y a concluir bien la experiencia de la caída.

El educador puede sencillamente acercarse y ofrecer su afecto: “Te quiero, estoy junto a ti, te sostengo, te comprendo, respira profundamente”. Cuando el niño se haya tranquilizado, el adulto podrá añadir: “Ten cuidado cuando corras, fíjate si hay piedras por el suelo con las que puedas tropezar”. El niño habrá aprendido de todos modos por sí mismo que caer duele, y las palabras afectuosas, en este caso, le reconfortarán cálidamente.

Explicar los “porqués”

Cuando un padre da una orden del tipo “Haz esto”, o bien “No hagas aquello”, está bien que explique la razón de la misma. Ilustrar el porqué de nuestras indicaciones es un acto de cuidado en relación al niño y facilita su obediencia. Para el adulto las cosas son obvias, pero para el niño no. El adulto ve un enchufe como un lugar por el que acceder a la energía, mientras que un niño ve unos simpáticos agujeros en los que meter cosas. Los puntos de vista son así de distintos. Es útil dar explicaciones cuando los niños tienen una muy tierna edad y parece que no comprenden el significado de las palabras. Ellos sentirán de todos modos el cuidado presente en el gesto y en los sonidos y estarán más inclinados a seguir nuestras indicaciones.

*Explicar la razón
de las propias
decisiones y de las
indicaciones que se
dan, hace que sea
más fácil aceptarlas
y seguirlas.*

Es importante ofrecer una explicación y hacerle sentir al niño que puede estar sereno y relajado. El pequeño va comprendiendo gradualmente las razones que ordenan su vida cotidiana. Sin embargo, es útil enseñarle que no siempre se puede explicar todo enseguida. La explicación se postergará porque en algunos casos se requiere tiempo y un contexto adecuado para exponer la razón de una decisión. Cuando el niño comprende que puede saber, no tiene razones para rebelarse o para impacientarse; sabe que podrá entender en el momento oportuno. De este modo se hace más fácil ponerse de acuerdo. Si, por ejemplo, en una tienda el niño insiste en comprar algo, la madre puede decirle amablemente que no y a continuación explicar las razones de su decisión.

A veces los educadores presentan razones que no son ciertas o bien son de escasa relevancia, porque creen que así aligeran la comunicación y facilitan la obediencia por parte del niño. Supongamos que un niño pregunte: “¿Por qué debo lavarme?”. El adulto puede responder: “Porque después comeremos la merienda”, lo cual puede parecer muy lógico y práctico, pero no es exacto. Una persona no se lava para comer, sino más bien para estar limpia.

He aquí otro ejemplo: “¿Por qué tengo que hacer los deberes?”. “Porque si no los

haces, tu maestra se enfadará y sacarás mala nota”. En realidad el adulto informa de la consecuencia de no realizar la acción, pero no dice la razón de la acción misma. Resulta preferible afirmar: “Porque haciendo los deberes logras unos conocimientos importantes para tu vida”.

Indicar la verdadera razón de las acciones es esencial para el niño, ya que no solo aprende a “hacer”, sino que madura también una facultad plena en esa área específica. Crece así con una motivación auténtica que llena las acciones de valor y de significado.

Un niño puede hacer los deberes pero no querer aprender, puede comer pero no desear tener un cuerpo sano. Hacer coincidir una intención interior con su comportamiento correspondiente es una destreza que hay que conquistar. Evitar mensajes equívocos es sinónimo de coherencia. Cuando el educador plantea una indicación, por ejemplo: “No tires de las cortinas”, debe estar dispuesto a garantizar que no se tire de las cortinas. Si el niño obedece, la situación está resuelta. Pero si el niño no respeta la indicación, el padre se levanta enseguida, se acerca al niño y amablemente, le quita las manos de las cortinas, usando la mínima fuerza necesaria y explicando la razón de su comportamiento. De este modo se sigue la indicación mediante los gestos y las palabras.

*Coordinar la
palabra con la
acción es de vital
importancia en
educación.*

Realmente hay que suprimir los mensajes equívocos, porque le quitan poder al educador y a sus palabras. Cuando falta coherencia se producen mensajes dobles: se afirma una cosa y se hace otra distinta. La palabra y la acción no están combinadas ni son consecuentes sino que, por el contrario, las palabras dicen una cosa y el comportamiento comunica lo opuesto.

El padre le pide al hijo: “Por favor, no tires de las cortinas” pero después permite que eso suceda y su comportamiento dice: “Estoy lavando los platos y no intervendré”. La frase “No tires de las cortinas” no obtiene el resultado que se espera, porque el niño siente que puede seguir haciéndolo durante un rato más. Concretamente, el hecho que el padre dé una indicación no implica que el niño realmente la siga como debería.

Otro ejemplo de ineficacia es cuando la madre reclama amabilidad y usa un tono de voz descortés. De este modo la palabra pierde su significado. En este punto se sitúa un pequeño engaño. El adulto piensa “Le pido a mi hijo que no tire de las cortinas y yo no tiro de las cortinas, por eso soy coherente”. En realidad, en la educación, cuando se da una indicación precisa y se permite que no se atienda a la misma se está dando de igual modo un mensaje ambivalente: “Digo que no se tire de las cortinas, pero permito que el niño lo siga haciendo”.

A menudo, dicho comportamiento se genera a partir de una convicción errónea: el adulto está convencido de que el niño, por él mismo, es capaz de unir la indicación con el

comportamiento correcto consiguiente. Pero no es así. Es tarea del adulto que ejerce el rol de educador activarse y corroborar que el niño siga la acción exacta. Por ello se levantará y le quitará con amabilidad las manos al niño de la cortina. Actuando así alinearé las palabras con las acciones. La indicación que da en voz alta “No tires de las cortinas” va seguida de la acción “Te aparto las manos de la cortina”. Cuando la madre lo haya repetido un determinado número de veces, el niño asimilará esa misma habilidad y será capaz de unir palabras y acciones. Solo entonces el niño será capaz de relacionar el comportamiento con las palabras de su educador.

En algunas áreas, tanto en la vida familia como en la escuela, las indicaciones se siguen con placer y facilidad, en otras presentan dificultades. El educador lo pide, pero el niño no sigue la orden, no la obedece. Las estrategias que se ponen en marcha para gestionar la situación a menudo empeoran aún más las reacciones del niño y llega un punto en que éste se niega categóricamente a colaborar.

*Unir las
instrucciones con
las acciones hace
que la persona sea
coherente y firme.*

Un ejemplo de esta experiencia es cuando los adultos formulan peticiones pero creen *a priori* que el niño no obedecerá. Las palabras o el tono de voz sugieren que no se obtendrá el resultado esperado. La madre dice: “Tendrás que ordenar la habitación” y mientras tanto piensa: “Seguro que no lo hará”. Cuando esto ocurre, en la mayoría de los casos la respuesta es negativa o bien la tarea se realiza a regañadientes.

Para deshacer este nudo, un paso que favorezca el desarrollo puede partir justamente del educador, quien puede llevar a cabo con placer la acción necesaria.

Imaginemos ahora a un adulto completamente coherente. Cada vez que le pide algo al niño está listo para levantarse, explicar y ser firme hasta que se lleve a cabo su petición de forma adecuada. ¿Qué sucede? El educador, consciente del esfuerzo necesario para lograr que le obedezcan, formulará solamente peticiones inteligentes, en las cuales valga la pena invertir su tiempo; no dará miles de indicaciones superfluas. Por otra parte, el niño o el joven, sabiendo que cuando se le pide un determinado comportamiento éste realmente debe seguirse, preferirá actuar bien y enseguida.

Dicha eficiencia en la relación permite gestionar de modo fluido la rutina cotidiana; con la ventaja ulterior de que el niño podrá gozar de más tiempo libre para sus distracciones y de amplios espacios de expresión, mientras el adulto podrá concederse preciosos momentos de relax.

NO TEMER LAS REACCIONES

A menudo el padre ve cuál es la solución adecuada, pero se da cuenta de lo difícil que

es ponerla en práctica, porque el niño no quiere, se rebela, se lamenta o no lo logra. Enfrentarse y superar las reacciones requiere de esfuerzo, tiempo y energía: hay que estar con el niño, explicarle el porqué, escucharlo y comprenderlo, sostenerlo, ayudarlo a hacer las cosas. A veces el adulto no sabe recorrer los pasajes que acabamos de citar, o bien está imposibilitado en la práctica debido a sus obligaciones, al cansancio, o porque nadie, en su momento, se comportó así con él; o bien por otras razones, todas ellas legítimas y comprensibles. En consecuencia, para evitar las reacciones, renuncia a su indicación o bien la altera, la cambia. Esto significa debilidad.

Cuando, por falta de esfuerzo, se renuncia a una petición justa, se cae en la debilidad. Si una persona no mueve una montaña no es débil, porque se trata de algo que no se puede hacer. Pero si un padre, que debe decir “no”, no lo dice por pereza, entonces es débil. Ser débiles significa evitar lo que se podría hacer con algo de esfuerzo.

Con dicha premisa, las reacciones de los niños no deben temerse, sino afrontarse y atravesarse como momentos de crecimiento y de aprendizaje. Los padres plantean su indicación y después, junto al niño, la ponen en práctica, aunque sea difícil. La reacción, que puede ser de rabia, generalmente dura unos minutos y después se agota y el niño aprende a seguir las indicaciones de los padres.

Cuando los padres ceden a la reacción de rabia del niño, permiten la creación de una huella muy desagradable. El niño descubre que montando un espectáculo o con una reacción fuerte como gritar o dar patadas, obtiene lo que quiere. La reacción se reconoce así como el modelo que vence, y en consecuencia cada vez que desee algo la llevará a cabo. El padre, para evitar estas expresiones indeseadas, contenta al niño y, por debilidad, cede a su petición creando así un círculo vicioso que acostumbra a agravarse con el paso del tiempo. De este modo, la razón por la que un niño hace o no hace las cosas reside cada vez menos en que éstas sean las correctas y cada vez más en la debilidad del adulto.

Por ejemplo, un niño se come treinta caramelos no porque esté bien, porque sea bueno para la salud o porque sea necesario un momento de placer, sino solamente porque el padre no es capaz de gestionar el capricho. He aquí que se instaura un mecanismo. En vez de educar en base al conocimiento, a valores y a las decisiones de la vida, se empieza a educar en base a las reacciones del niño. En otras palabras, la acción educativa se funda entonces en un punto de partida equivocado.

DAR INDICACIONES CLARAS Y DIRECTAS

En algunas áreas de la educación se crean tensiones y obstáculos; por ejemplo, el niño no quiere comer, no quiere ordenar su habitación, se pelea con su hermanito, etc. Cada vez que se llega a ese punto, se crea una situación de tensión o de conflicto. Es útil entonces observar la situación e identificar la indicación exacta que haya que darle al niño.

*enseñanza se
verá facilitado
si se dan unas
indicaciones que estén formuladas
de manera clara y
directa.*

A veces los padres dicen: “No molestes”, pero la indicación precisa y útil podría ser: “Por favor, apoya esa herramienta sobre la mesa”. Evitar molestar es la razón, es el motivo por el cual no debe dar golpes con el martillo pero, de hecho, no indica la acción que el niño debe realizar.

Otro ejemplo de indicación confusa es: “Pórtate bien”, cuando la verdadera comunicación podría ser: “Por favor, no te quejes”, o bien: “Te pido que aceptes mi indicación y colabores conmigo”.

Un ejemplo más, la petición: “Ordena tu habitación” le puede parecer clara a un adulto y abstracta a un joven. Entonces es mejor hacer que sea más práctica y decir: “Recoge los libros y ponlos en orden sobre la estantería, separando los libros de la escuela de las novelas”. Si el adolescente no obedece, en vez de perder la paciencia, estudia cómo hacer aún más específica vuestra indicación. Si: “Ve a hacer los deberes” no surte ningún efecto, entonces dirigid la atención sobre el primer paso y pedidle: “Lévantate, por favor, y coge tu carpeta”.

A veces se observa un fenómeno curioso. Los educadores se empeñan diligentemente en enseñar a los niños a actuar, a hacer cosas: lanzar una pelota, recortar, pegar, ordenar, leer, escribir... Y para obtener tales resultados explican, muestran, ayudan, indican cómo hacerlo mejor...

Por el contrario, en lo referente a detenerse, generalmente se tiene otro planteamiento: los adultos esperan que el niño tenga esta cualidad de manera innata.

Del mismo modo que puede ser difícil aprender a hacer algo, puede ser difícil detenerse y alejarse de algo. Por eso el adulto debería enseñar al niño a detenerse, a concluir. ¿Y cómo enseñarle? El educador debería explicar las razones y la importancia de detenerse en el momento justo; ilustrar las posibles consecuencias negativas si no se interrumpe una determinada acción; pedir al niño que obedezca; mostrar cuánto nos importa que comprenda y que colabore con nosotros. Los niños tienen temperamentos distintos, por eso a algunos les será difícil “concluir” en ciertas áreas (tal vez en los juegos al aire libre como la carrera, o con la pelota) y a otros en otras (juegos de ordenador, mirar la televisión, la comida).

Cuando el niño no se detiene en el momento justo, el adulto se irrita, se exaspera y exterioriza su enfado. Este tipo de comunicación no ayuda al niño a aprender a detenerse. Es mejor que el padre o el maestro controle su propia reacción (¡y se detenga!) para después explicar bien cómo y por qué es indispensable interrumpir esa actividad en concreto.

Desarrollar una nueva habilidad de relación requiere de tiempo. Sin embargo, se puede mejorar cambiando simplemente la manera de expresarse. En vez de una

expresión dicha con irritación: “¡Para ya!”, podemos formular una petición seria pero amable: “¡Te pido por favor que te detengas!”. Un modesto esfuerzo por parte del educador ya representa un pequeño progreso.

Además, si el padre se enfada y le otorga peso a su con-trariedad, al día siguiente el adolescente, probablemente, cometerá el mismo error. Cuando en cambio el padre enseña, y el joven aprende, al día siguiente será más fácil; bastará con recordar la charla de la vez anterior.



Puntos clave

- ✓ Usar la mínima fuerza necesaria para obtener el resultado deseado.
- ✓ No dar apelativos negativos a las cosas, a las situaciones o a las personas.
- ✓ Explicar la razón de las indicaciones que se dan.
- ✓ Evitar los mensajes equívocos: toda indicación va seguida de las acciones correspondientes.
- ✓ No temer las reacciones: afrontarlas, atravesarlas y superarlas.
- ✓ Dar indicaciones claras relacionadas con la situación concreta, dirigidas a obtener exactamente el resultado deseado, y procurar que sean prácticas (qué hacer).

La experiencia del límite



*¿Algo bonito de mí?
Que soy amable.*

ROQUE

Una de las experiencias decisivas del proceso formativo es el confrontarse con el límite, que representa también uno de los ejes de la educación misma. La personalidad del niño, cuando se enfrenta al límite, empieza a adoptar formas específicas que se consolidarán con el tiempo. Por eso el acontecimiento es importante y está cargado de consecuencias. En las relaciones empiezan a instaurarse costumbres que, con el paso de los años, tenderán a consolidarse. Observemos en profundidad qué es el límite y cómo educar cuando el niño se encuentra con que tiene que enfrentarse al mismo.

¿QUÉ ES EL LÍMITE?

El límite está implícito en la naturaleza de la vida y para vivirlo correctamente es necesario conocerlo, aceptarlo y respetarlo.

El límite no es un fin en sí mismo, sino que se trata de una exigencia que debe respetarse, o bien de una disciplina que debe aplicarse para poder lograr un resultado. Respetar un límite equivale a tener un medio, un instrumento útil para vivir mejor y para progresar.

Tanto para el niño como para el joven, el límite es un aliado: permite obtener lo que importa. Por ejemplo, respetar su propio cuerpo significa no sufrir. Respetar a una persona permite tener una buena relación.

En la educación la experiencia del límite se manifiesta en dos situaciones principales. La primera tiene lugar cuando se detiene un movimiento espontáneo. Por ejemplo, el

niño corre y el papá lo contiene agarrándole de la mano. La segunda se da en cambio cuando se pide una acción no deseada que implica una forma de sacrificio, de renuncia o de esfuerzo. Por ejemplo, la mamá le pide a la niña que se lave los dientes pero ella se niega.

En el primer caso el niño hace una cosa, o bien desea hacerla, y el adulto lo detiene: “No puedes”. En la segunda situación, la niña no quiere hacer algo y el adulto repite su petición: “Te pido que lo hagas”. En el primer ejemplo, detener una carrera puede ser útil para no caer en un hoyo; en el segundo, la petición sirve para defender la salud dental.

En su crecimiento, el niño se enfrenta con *distintos tipos de límite*. Existen:

- *Límites del cuerpo*: qué rápido podemos correr, qué lejos logramos saltar, cuánto peso conseguimos cargar, qué podemos comer...
- *Límites mentales*: qué somos capaces de comprender o bien de recordar.
- *Límites en las relaciones*: hasta qué punto logramos comprendernos y colaborar, cuánto podemos dar y recibir.
- *Límites en el ambiente físico* en el que vivimos: lugares a los que podemos acceder y otros que no nos es posible alcanzar, sustancias que podemos ingerir y otras que no...

En definitiva, existen reglas familiares y sociales que imponen ciertas limitaciones, delimitando comportamientos aceptables y no aceptables.

El límite se desarrolla en tres áreas: *ser*, *hacer* y *tener*. Toda persona puede ser o no puede ser; puede hacer o no puede hacer; puede tener o no puede tener.

Los límites son determinados: por nuestro cuerpo y sus exigencias; por características personales; por la familia; por la sociedad. Nuestro cuerpo tiene posibilidades de acción, de movimiento y de expresión, pero tiene también límites que requieren ser conocidos y respetados. Todas las personas tenemos ciertas potencialidades, pero también límites, es decir, cosas que no logramos saber, hacer y alcanzar. Lo mismo vale también para los demás, para sus elecciones y sus características que, en todo caso, hay que respetar.

La familia impone límites a los hijos. Éstos vienen determinados por una compleja suma de valores, estilos de vida, costumbres cotidianas, poder económico, conocimientos y decisiones existenciales.

La sociedad impone límites a la hora de gestionar de manera adecuada la vida social; son reglas fijadas por las instituciones y expectativas informales transmitidas por nuestras tendencias culturales.

Cuando se respeta un límite se está en un estado de tranquilidad y serenidad. Si un niño no puede saltar desde dos metros de altura y esto no se le pide, no se produce ningún malestar. Si una mamá invita a su hija a no gritar y ella respeta este límite, no habrá problemas. Su relación es colaborativa y serena. Cuando se respetan los límites de nuestro cuerpo, el cuerpo está protegido, no se pone en peligro. Cuando se respetan los límites de nuestra persona, sentimos que estamos bien tal como somos. Es necesario respetar también los límites impuestos por la familia, de modo que se cree armonía y posibilidades de crecimiento.

Cuando se respetan los límites impuestos por la sociedad, hay acuerdo y hay paz. Respetar un límite significa comprender cómo se estructura una realidad y respetarla tal como es.

Si sabemos que un pez vive bajo el agua no trataremos de hacerle feliz exponiéndolo sobre la arena de una bonita playa bajo el sol. Conocer en mayor medida la naturaleza de la vida y de sus formas significa ser más capaces de respetarla y, en consecuencia, no estropearla.

Cuando no se respeta un límite, es decir, cuando se atraviesa un límite físico, personal, de la familia o de la sociedad, se produce una forma de peligro, de dolor o bien de malestar. Si un niño no se siente preparado para cantar frente a sus compañeros y se le obliga a hacerlo, se sentirá mortificado. Si unos jóvenes estropean un bien público, los padres tendrán que pagar una multa. Extralimitar un límite justo causa una reacción, un daño y la consiguiente necesidad de repararlo.

SUPERAR LOS LÍMITES

Hemos visto que los límites deben respetarse para garantizar una condición de bienestar en el niño, en la familia y también en la sociedad en la que vivimos, pero también hay límites que deben superarse. ¿Cuáles son? Aquellos momentos en los que se carece de un determinado conocimiento o bien de una habilidad, que deberá conquistarse. En este caso, una vez superado el límite se constata una forma de crecimiento y un estado de mayor bienestar. Por ejemplo, si el niño no sabe nadar y se enfrenta a un límite (por ejemplo: “no sé, no quiero, tengo miedo”), superarlo con el apoyo adecuado le conferirá una capacidad más.

Por eso los límites deben respetarse cuando defienden y respetan una realidad (el cuerpo, la persona, la familia, la sociedad). En cambio, los límites que hay que superar son los obstáculos que se encuentran frente a una meta, o bien las dificultades frente a alguna forma de desarrollo.

Por eso traspasar un límite que lleva a dañar la salud es una forma de necedad; en cambio, traspasar el límite de una habilidad para superarse, conduce a una victoria.

Si falta claridad y madurez personal en la vivencia del límite, se puede constatar una dañina inversión: se desafían los límites que deberían respetarse y no aumentan ni el conocimiento ni la habilidad. Un joven que no amplía los confines de su saber y de su expresión, puede sentir placer transgrediendo ciertas áreas y de manera equivocada. Por ejemplo, un alumno que al no lograr obtener buenos resultados en el estudio (por ejemplo, superar un examen), transgrede un límite impuesto por la familia (no fumar).

El recién nacido vive una condición natural, fisiológica, serena, va siguiendo espontáneamente las experiencias del momento. Cuando un estímulo atrae su atención, mira, o bien toca; cuando se agota el interés, la atención se detiene y se dirige a otro lado. Cuando surge una exigencia física (sed, sueño, hambre), el recién nacido la expresa y trata de satisfacerla. Cuando se sacia la exigencia, esta ya no capta su atención. La vida del recién nacido es simple, natural, plenamente arraigada en el presente. La relación con

los padres puede ser descrita como “estar juntos”. Una madre que amamanta a su bebé no está educando, no está enseñando, sino que más bien vive una experiencia íntima con el hijo, comparte la vida con él.

Entonces, ¿cuándo dan inicio los padres a la educación? *La educación empieza en el momento en que los padres ponen el primer límite.* En el momento en el que el adulto detiene una acción, por ejemplo “No puedes meterte el libro en la boca”, entonces la naturaleza de la relación empieza a cambiar. Los padres se convierten en quienes enseñan y guían, y el niño se convierte en quien aprende y sigue las indicaciones.

La atención del recién nacido puede ser descrita como biológica; se ve atraída y guiada por los estímulos del cuerpo y del ambiente. La educación modela la atención para implicarse y fluir por caminos no espontáneos o biológicos. El niño puede tener el impulso de llevarse a la boca cualquier objeto y los padres enseñan que es correcto y útil meterse en la boca la comida, pero nada más. La espontaneidad y la inmediatez presente en el recién nacido (contemplar el ambiente circundante, escuchar, moverse libremente) no son suficientes para convertirse en adultos maduros completos y autónomos. Uno de los aspectos básicos que necesitamos es comprender los límites y aprender a respetarlos.

*Empezar a poner
límites significa
empezar a educar.*

Las primeras experiencias cuando se afronta un límite dejan una profunda impresión en el niño. En su condición de ingenua libertad, él no comprende la naturaleza de las acciones (es decir, correctas o inadecuadas para la situación) y actúa sin un parámetro de valoración “correcto-incorrecto”. En un determinado momento, inevitablemente, se topa con algo o con alguien que le detiene, y dicha experiencia transforma su percepción de la vida y de sí mismo, porque empieza a separar “qué se puede hacer” de “qué no se puede hacer”. Empieza así a configurarse “la esfera de lo que está permitido” y “la esfera de lo que no está permitido”.

Es de fundamental importancia que las primeras experiencias cuando se afronta el límite, sean positivas o bien que deriven en acontecimientos favorables y útiles.

¿Cómo vivir de manera positiva el momento en que la persona se enfrenta al límite?

Aunque aceptar un “no” puede ser difícil y el niño puede sentir malestar o molestarse, al final los padres pueden concluir el acontecimiento con una apreciación: “Gracias por haber aceptado mis indicaciones. Lo has hecho muy bien; aunque te haya resultado difícil, has colaborado bien conmigo. Hoy has aprendido algo nuevo, te felicito, estoy orgulloso de ti”. Cuando las primeras experiencias del límite se viven como una experiencia dolorosa, o que causa temor, el educador se encontrará, a cada límite impuesto, con la resistencia del niño y rara vez logrará su colaboración. Se trata de una de las razones de muchos fracasos en la educación.

Si por ejemplo los padres asustan al niño con una sola frase “No, no hay que hacer eso, ¡es peligroso!” y la comunicación se concluye así, el niño buscará una manera de hacerlo a escondidas, cuando los padres no lo ven, o bien se retirará, pero con una decisión interior errónea (por ejemplo: “Entonces no volveré a tocar nada”).

ENFRENTAR LOS LÍMITES ES DESCUBRIR CÓMO FUNCIONA LA VIDA

Enfrentarse al límite es una experiencia de aprendizaje, un momento en el que conocemos más la vida: de qué está hecha, cómo funciona, y cómo no funciona.

Conocer un límite es una de las piezas que concurren en la formación de la personalidad. Se trata por eso de una experiencia importante que hay que vivir con cuidado. No es un obstáculo que haya que resolver rápidamente durante la jornada; es un acontecimiento formativo que incide en el crecimiento, y en el cual el educador debería poner lo mejor de él mismo. El límite de por sí no es ni negativo ni positivo, simplemente existe; del mismo modo que existe la fuerza de la gravedad. Eso no nos exalta ni nos pone tristes, simplemente vivimos asumiendo esta ley natural.

En el recorrido que nos lleva a crecer de la primerísima infancia hasta la edad adulta, el individuo afronta límites: de su cuerpo, de su mente, de los demás y de las relaciones, del ambiente, etc. El modo en que dicha confrontación se produce y cómo se resuelve es algo que juega un rol vital en el proceso formativo.

No hay que evitar, ni tampoco temer, el límite. A veces los adultos no saben cómo apoyar a un niño o a un ado-lescente cuando se enfrenta al límite y entonces lo evitan.

Si con ocasión de un viaje cae en vuestras manos un periódico escrito en una lengua desconocida, tal vez lo contempléis con curiosidad durante un rato, pero después lo dejaréis, renunciando a leerlo. No os tomaréis la molestia de aprender una lengua extranjera para poderlo descrifrar, buscaréis un periódico escrito en vuestra lengua. Frente a algo difícil y que requiera esfuerzo, existe la posibilidad de renunciar a ello.

En la educación es importante no dejar correr con ligereza las experiencias de confrontación con el límite, no renunciar a enseñar, sino más bien aprovechar estos importantes momentos de crecimiento para transmitir algo válido sobre la vida.

Está bien que el adulto sea consciente *a priori* de que el niño, el adolescente o el joven, se encontrarán, cada uno en su contexto, con límites que no podrán evitar. Estos acontecimientos hay que vivirlos de manera positiva. Afrontar un límite a veces es difícil, pero necesario.

No hay que temer el límite y a la hora de afrontarlo el adulto no debería estar mal predispuesto, con prisas, nervioso, tenso, aburrido o molesto. Debería en cambio estar listo para enseñar: éste es su momento, el de mostrar lo que sabe y de lo qué es capaz en tanto que educador.

Cuando hay un incendio y los bomberos se movilizan, encienden la sirena y parten. Es su momento de actuar, el momento de implicarse, de invertir todas sus capacidades y de ser heroicos, si es necesario. De forma similar, cuando un niño está frente al límite, es el instante en el que el educador está llamado a actuar. Precisamente en dicha circunstancia

el niño tiene una gran necesidad de enseñanza y guía, y el educador ha de ser capaz de darle tanto un conocimiento preciso como una ayuda cálida y humana.

QUÉ SUCEDE CUANDO SE EXPERIMENTA EL LÍMITE

La niña dice: “Quiero tal cosa” y el adulto limita: “No puedes”. El joven dice: “No quiero, no me gusta” y el adulto insiste: “Hay que hacerlo”. En estas situaciones se observa una divergencia entre el placer del niño y la voluntad del adulto. Se trata de una especie de choque que podemos describir como natural. El niño en su condición de ingenua libertad lo ve todo posible y accesible, mientras la lógica adulta restringe algunas acciones.

Se trata de una divergencia puramente natural. Es natural que un niño arroje los objetos al suelo. Es natural que a una mamá no le guste que todos los objetos de la casa que-den esparcidos por el suelo. No se trata de portarse mal, de estar enfadados, de estar en contra de nadie, se trata de que uno es un niño y el otro un adulto. Esta divergencia, si se interpreta de manera incorrecta, se transformará fácilmente en un conflicto entre personalidades. Podrá devenir en una experiencia en la que cada parte adopta gradualmente una postura en oposición a la otra.

“Yo quiero” por un lado y “tú no puedes” por el otro, se convierte en “estoy contra ti”, “estás contra mí”. ¿Qué ha sucedido? La definición que se le da al acontecimiento en concreto (ejemplo: “No me gusta lavarme los dientes”), sin darse cuenta, se traslada sobre la persona que pone el límite y pide la acción (“Eres malo porque me haces lavarme los dientes”). Dicho proceso de traslación lo encarna en origen el adulto, que es el primero que se lo sugiere al niño y por tanto lo enseña, aunque de forma involuntaria.

Por ejemplo, “no ordenas los juguetes” puede convertirse en “eres un inútil”; “arrojas los objetos”, en “eres malo”. El juicio sobre la experiencia de la vivencia, se traslada al otro o a uno mismo. Los padres, en vez de expresar sus propios sentimientos (ejemplo: “me duele lo que me estás diciendo”), transforman su vivencia en un juicio sobre uno mismo: “Soy un desgraciado, nadie me respeta”.

Pongamos el ejemplo de una mamá que le pide a su hija que ordene los juguetes. La mamá le muestra una cesta y explica que hay que meter allí los juguetes, pero la niña no obedece. Tras algunas infructuosas repeticiones, la madre entonces en vez de pensar o decir: “No ordenas los juguetes”, juzga o grita expresando su malestar: “¡Eres perezosa e inútil!”. He aquí que se ha producido la traslación: la mamá ya no está valorando la acción, sino que ha pasado a juzgar a la hija. Ésta aprende de la madre a hacer lo mismo, en vez de decir: “No quiero poner los juguetes en la cesta”, exclamará: “Eres mala”.

La misma divergencia, en cambio, puede ser vivida como un acontecimiento que nos haga crecer, ser más ricos como personas y que puede incluso nutrir la relación. ¿De qué modo?

Cuando el niño está frente al límite, el adulto puede reconocer la naturaleza de este acontecimiento formativo y adoptar la posición de quien enseña y sostiene. El educador está con el niño, es su aliado y *juntos* se enfrentan a un límite presente en la vida.

Por ejemplo, el padre le pide al hijo que ordene su habitación. El niño no quiere. Entonces el padre puede decir: “Comprendo que no quieras ordenar tu cuarto, acepto plenamente tu deseo de seguir jugando y seguramente podrás hacerlo mañana o después, pero ahora lo correcto es que concluyas el juego y ordenes tus cosas, te pido que aceptes mi indicación y la sigas. Te ayudo, hagámoslo juntos y así nos divertimos, ¿ponemos un poco de música? De todos modos te pido que obedezcas, porque para mí es muy importante que aprendas a ordenar tu habitación”.

De este modo, la divergencia natural entre padres e hijos no conduce a un conflicto entre personalidades, sino más bien se resuelve con la habitación ordenada y la satisfacción de ambos, no sólo del progenitor, en ese caso. Los padres están orgullosos del hijo que ha obedecido y aprendido, y el hijo le agradece al papá haberse ocupado de él y haberle enseñado algo que en un futuro resultará seguramente útil.

A los seis meses de vida suelen salir los primeros dientes de leche, que producen molestia y dolor, pero este acontecimiento no sitúa a padres e hijos en una posición de conflicto, es más, el adulto, enternecido por la dificultad del pequeño, busca la mejor manera de aliviarlo. El mismo planteamiento debe mantenerse también con dificultades de otra naturaleza: hacer los deberes, llegar a un acuerdo con un hermano, ser puntuales a una cita, etc.

Cuando el adulto y el niño están juntos, unidos, no en conflicto frente a las dificultades de la vida, las soluciones son más razonables. La relación se vuelve más profunda y más sólida. La personalidad se enriquece con elementos nuevos.



Puntos clave

- ✓ Confrontarse con el límite es un evento formativo inevitable. No hay que temerlo, sino afrontarlo de manera positiva.
- ✓ La educación empieza cuando se plantea un límite al menor. 3 Frente al límite hay una divergencia natural entre lo que quiere el niño y lo que quiere el adulto.
- ✓ Según las habilidades de relación de las partes implicadas, de la divergencia puede nacer un conflicto o una alianza.

Vivir correctamente la experiencia del límite



*¿Algo bonito de mí?
Que tengo un carácter dulce.*

HELENA

RECONOCER, COMPRENDER, ACEPTAR Y RESPETAR EL LÍMITE

Vivir correctamente el límite es en realidad simple: el límite debe reconocerse, comprenderse, aceptarse y respetarse. Si el límite de un cuerpo es el de poder cargar un determinado peso, eso hay que reconocerlo, comprenderlo, aceptarlo y respetarlo. Al cuerpo por lo tanto no hay que forzarlo a cargar con un peso excesivo y aun así permanecer íntegro. Si un hermanito no quiere prestar al otro su juguete preferido, hay que

respetar su decisión. Un límite social es no lanzar basura por las calles, hecho que es un límite razonable y que hay que aceptar y respetar.

*Cuando se reconoce
una forma de
límite, éste es
comprendido,
aceptado, respetado;
y de ello surge un
bienestar.*

Hoy en día los límites suelen comprenderse en su mayor parte, y sin embargo a menudo no se aceptan. Por eso los niños y los adolescentes “saben” qué hacer (o bien qué no hacer) pero “no quieren” hacerlo; no habiendo aceptado ese límite, no lo respetan con sus propias acciones. A este respecto, he aquí algunas acciones que hacen que aumente la calidad de la educación:

- ✓ Explicar el límite con el fin de que se pueda reconocer en las diversas situaciones de la

vida.

- ✓ Pedir que se acepte dicho límite explicando su sentido y su utilidad.
- ✓ Pedir que se respete el límite mismo con un comportamiento idóneo.

Cuando los padres y educadores saben que el niño ha comprendido y aceptado el límite, y que es capaz de respetarlo también con sus acciones, sienten que han hecho un óptimo trabajo. Proponemos a continuación varios instrumentos para *educar correctamente en la experiencia del límite*.

- *Reconocer el límite.* Hacer de modo que el niño reconozca el límite. “Es necesario detenerse aquí, si se prosigue más allá se producirá un daño, éste es el límite”. Al niño se le ayuda a tomar conciencia de que hay un límite, es decir, que existe un punto en el que nos detenemos o bien en el que se realiza una acción necesaria.
- *Explicar el límite.* Ilustrar de modo claro y decidido, sin dudas, sin vacilaciones, con seriedad pero también con serenidad, qué es el límite y por qué hay que respetarlo: cuáles son las consecuencias de la violación del límite y cuáles son los daños que pueden producirse si uno es distraído o poco disciplinado. Mostrar y hacer entender que el límite tiene un sentido: es justo, es razonable, es útil y en muchos casos forma parte de la naturaleza de la vida misma. No se trata de una decisión arbitraria, ni de un conflicto entre personalidades.
- *Estar en relación.* Hacerle sentir al niño que estamos con él, no contra él, que deseamos satisfacer lo mejor que podemos sus exigencias y deseos. Esta confrontación con el límite forma parte de conocer la vida, es una pieza del crecimiento, no es expresión de una voluntad que pretenda quitarle posibilidades o constreñir.
- *Afrontar la dificultad.* Enfrentarse al límite puede desencadenar diversas reacciones en el niño, como el llanto, la rabia o la tristeza. El adulto puede guiar al niño a través de esa dificultad, enseñándole a soportar el malestar y superarlo, haciéndole sentir su amor, su comprensión y su completo apoyo. El malestar debe simplemente aceptarse, sentirlo y dejar que se evapore; es como un olor: llega, lo olemos y lo dejamos ir. No hay que tomar decisiones ni formular juicios en el malestar, porque nuestra valoración está alterada.
- ; *Ser propositivos.* Es muy útil evitar juicios negativos en relación a la situación, al niño o a otros educadores. Hay cosas de la vida que son difíciles, esta es su naturaleza. Convertirlas además en “feas y malas” sin duda no es de ayuda, sino que otorga aún más peso a la experiencia. Se puede simplemente decir “Esto es realmente difícil, te comprendo y te apoyo”.
- *Mantener la responsabilidad de enseñar.* Frente a la dificultad, el educador no renuncia a enseñar, sino que es más, reafirma su voluntad de esforzarse para que el niño aprenda a respetar el límite. Cuando una persona asume una responsabilidad y la mantiene plenamente, no tiene razón para criticar a los demás, para juzgarles, lamentarse o culpabilizar. Toda su atención se dedica a buscar un camino adecuado

para lograr el fin educativo: enseñar al hijo a respetar el límite.

- *Enseñar a aceptar el límite.* La aceptación es algo que se enseña y se aprende como el resto de conocimientos y habilidades humanas. Se trata de un ingrediente importante de la educación porque permite evitar los “famosos caprichos” que, en la mayor parte de los casos, consisten precisamente en la incapacidad para aceptar las indicaciones dadas por los adultos. Aceptando la vida tal como es, no sufrimos por lo que no podemos tener o experimentar.
- *Afrontar la dificultad.* Enfrentarse al límite puede desencadenar diversas reacciones en el niño, como el llanto, la rabia o la tristeza. El adulto puede guiar al niño a través de esa dificultad, enseñándole a soportar el malestar y superarlo, haciéndole sentir su amor, su comprensión y su completo apoyo. El malestar debe simplemente aceptarse, sentirlo y dejar que se evapore; es como un olor: llega, lo olemos y lo dejamos ir. No hay que tomar decisiones ni formular juicios en el malestar, porque nuestra valoración está alterada.
- *Ser propositivos.* Es muy útil evitar juicios negativos en relación a la situación, al niño o a otros educadores. Hay cosas de la vida que son difíciles, esta es su naturaleza. Convertirlas además en “feas y malas” sin duda no es de ayuda, sino que otorga aún más peso a la experiencia. Se puede simplemente decir “Esto es realmente difícil, te comprendo y te apoyo”.
- *Mantener la responsabilidad de enseñar.* Frente a la dificultad, el educador no renuncia a enseñar, sino que es más, reafirma su voluntad de esforzarse para que el niño aprenda a respetar el límite. Cuando una persona asume una responsabilidad y la mantiene plenamente, no tiene razón para criticar a los demás, para juzgarles, lamentarse o culpabilizar. Toda su atención se dedica a buscar un camino adecuado para lograr el fin educativo: enseñar al hijo a respetar el límite.
- *Enseñar a aceptar el límite.* La aceptación es algo que se enseña y se aprende como el resto de conocimientos y habilidades humanas. Se trata de un ingrediente importante de la educación porque permite evitar los “famosos caprichos” que, en la mayor parte de los casos, consisten precisamente en la incapacidad para aceptar las indicaciones dadas por los adultos. Aceptando la vida tal como es, no sufrimos por lo que no podemos tener o experimentar.
- *Hacer las cosas juntos.* Una vez explicado y mostrado el límite, pasamos a la acción concreta y ayudamos al niño a respetarlo. Usamos un gesto firme, con determinación pero también con amabilidad y calidez. Un gesto que educa con cuidado, que enseña sin castigar. Hacemos junto al niño lo que consideramos justo y garantizamos que se respetará el límite.
- *Agradecer.* Es muy educativo agradecerle al niño que respete un límite que nosotros ponemos sin dar por supuesto que nos deba su obediencia. El niño hace un pequeño sacrificio o bien se esfuerza en seguir la indicación; éste es un gesto que hay que

reconocer. Al agradecerlo, reforzamos el valor que tiene respetar el límite.

- *Valorar el resultado.* Cuando el niño respeta el límite es de fundamental importancia mostrarle el mérito del resultado obtenido y apreciar su esfuerzo. Haciéndolo así, la experiencia de enfrentarse con el límite concluye con un resultado positivo: una verdadera conquista. Subrayar el buen resultado significa trazar la huella adecuada que hay que recorrer también en el futuro.
- *Un poco de creatividad.* Naturalmente es necesario también mostrar algo de optimismo, de alegría. La vida lleva al niño a chocarse con “paredes”, que lo detienen y lo frustran. Encontremos el modo de aligerar, de hacer sentir que la vida es hermosa de todos modos porque tenemos otras muchas actividades que realizar. Busquemos la manera creativa de hacerlo mejor. Les preguntaremos a nuestros niños: “¿Cómo podemos vivir bien este límite? ¿Qué soluciones creativas y alegres podemos poner en práctica? ¿Cómo podemos hacerlo mejor en el futuro?”.

RESPETAR LOS LÍMITES HACE A LA PERSONA SEGURA Y FUERTE

Encontrarse frente a un límite es ya de por sí una experiencia difícil y si ésta se vive además de manera errónea, se convierte verdaderamente en algo demasiado pesado de sostener. Maneras erróneas de vivir el límite son: ser indecisos, permitirle al niño que transgreda el límite, evitar la confrontación, esconder la verdad, mentir, atropellar al niño, culpabilizar, dar juicios negativos, herir...

Desarrollar la capacidad de respetar los límites lleva, sobre todo, a vivir en un estado de mayor seguridad, en tanto que uno está menos expuesto a los peligros y a los riesgos, y, además, la seguridad nos permite adquirir una habilidad fundamental: la fuerza de carácter. Una meta de gran valor.

De hecho, ser capaces de respetar un límite significa saber dirigir nuestro propio comportamiento en base a la voluntad y a los conocimientos madurados. No se es débil, no se es víctima de los estímulos, de los deseos o de las distracciones. Se puede poner en práctica un conocimiento o bien una determinada decisión.

Cuando todo el proceso del confrontarse con el límite se vive correctamente, se logra la capacidad de respetarlo de una manera auténtica. El niño madura la confrontación con el límite cuando lo sabe reconocer, lo acepta y lo respeta por decisión propia. Llegados a este punto se supera ese estado en el que el límite solo y exclusivamente se respeta en presencia del educador y por constricción. En el momento en el que se respeta el límite porque es justo y permite vivir mejor, este conocimiento queda efectivamente integrado en el niño. Él, por sí mismo, será capaz de proceder desde el respeto y, sobre esta base, dirigir su propio comportamiento.

Hacia una comprensión más profunda del límite y de sus implicaciones en la educación

Existen límites naturales que vienen definidos por leyes naturales, como son las características de nuestro cuerpo o del ambiente físico. Los niños, en su mayoría, aprenden espontáneamente dichos límites experimentándolos durante un cierto tiempo, los asimilan y finalmente los respetan de modo casi automático.

Las reglas y las convenciones sociales representan en cambio una forma de límite inventado; se trata de acuerdos estipulados por la sociedad, útiles para la convivencia civilizada. Para los niños pequeños, el enfrentarse con el límite es sobre todo una manera de evitar un dolor, un fracaso o un malestar (por ejemplo, no beberse el detergente) pero, para los jóvenes, esto se transforma en la capacidad de vivir correctamente (por ejemplo, tener éxito en los estudios). Por eso, mientras en la primera infancia abundan los límites físicos (no caerse, no tocar, no arrojar un objeto, etc.), al crecer nos enfrentamos cada vez más con los límites sociales.

Mientras la utilidad de los límites físicos es evidente (un niño no se tirará por las escaleras para no hacerse daño), los límites sociales no siempre se entienden. La razón de las reglas sociales a veces parece lejana e invisible, como unas letras minúsculas en lo alto de un rascacielos. Es tarea del educador explicar los fines y utilidades que también tiene esta forma de límite.

La naturaleza del límite social puede concebirse como una convención temporal y transitoria, inventada por el hombre: un medio útil para obtener un objetivo. Las reglas de tráfico, por ejemplo, son un conjunto de límites que se les ponen a los conductores con el fin de que todos puedan llegar incólumes a su destino. Ese conjunto de reglas es un sistema que sirve para obtener un objetivo: poderse desplazar sin problemas.

Por eso el límite no tiene una naturaleza absoluta, sino más bien una naturaleza relativa: no es un fin en sí mismo, sino un medio al servicio de un objetivo. Si descubrimos que un límite ya no es adecuado, podemos cambiarlo por una forma de vida mejor. De hecho, el límite puede ser descrito como una interpretación relativa útil para la supervivencia.

*Si no se comprende
la naturaleza de
un límite y se
enseña como una
verdad absoluta, se
debilita su esencia y
pierde, de hecho, su
eficacia real.*

Cuando se pone (o se impone) un límite relativo como una verdad absoluta, se provoca en el niño o en el adolescente la necesidad de transgredirlo para restaurar la verdad original, o bien para expresar que ese límite es relativo. A menudo las personas me refieren episodios de este tipo: “Mis padres me han dicho que no lo tenía que hacer. Cuando les he preguntado el porqué, me han respondido: ‘¡Porque no!’”.

El límite no se explica y parece absoluto: “¡no hay que hacer tal cosa y punto!”.

Cuando el límite se marca de este modo, se muestra como un fin en sí mismo y contiene la semilla de la transgresión, como una manzana con un gusano dentro.

Para marcarlo de manera correcta, el límite social debe presentarse como un medio para obtener un determinado objetivo. Eso permite una cierta flexibilidad y participación.

El niño no puede aceptar con serenidad la respuesta: “Porque no”, y empieza a buscar mejores modos de transgredir. La inteligencia no se usa para respetar el límite, sino para excederlo.

MODO DE PONER LOS LÍMITES

Los educadores deciden *qué* permitir y *qué* prohibir a los niños y jóvenes. Esta decisión traza una frontera entre objetos y experiencias permitidos, y objetos y experiencias inaccesibles.

Existe además *un modo* de poner el límite: *cómo* el educador comunica y mantiene esa línea fronteriza. El modo en que se pone el límite va determinado por el tono de voz, la actitud, la intención, la explicación y la modalidad relacional. La manera en que se comunica y se mantiene el límite determina en gran medida la relación que el niño establecerá con el mismo.

Si se pone un límite con excesiva rigidez y falta de respeto hacia el niño, éste podrá sentir el impulso de rebasarlo para demostrar su autonomía. Si, por el contrario, el límite se pone de un modo demasiado blando (por ejemplo “Estaría bien que estudiaras”), puede que el adolescente no lo respete porque no lo considera necesario. Si el adulto en cambio amenaza, puede que el joven en cuestión, respete el límite para evitar el castigo, pero en un futuro será menos abierto en relación a su educador y le esconderá sus sentimientos. Por eso, en base al modo en que se ponga el límite y se mantenga, la persona podrá madurar una relación correcta (“Reconozco, acepto y respeto el límite”) o bien podrá desarrollar vivencias inadecuadas: la rebelión; fingir que se respeta un límite y saltárselo a escondidas; sentirse “atropellado”. Resumiendo:

- Los límites que pone el educador trazan la frontera entre permiso y prohibición.
- El modo en que se pone el límite y se mantiene define la relación con el límite mismo, que puede ser respetado, transgredido, temido, odiado, considerado responsable de la propia infelicidad, sufrido con temor, etc..
- Cuando el límite no se enseña de modo correcto y su naturaleza no se comprende y se acepta, se produce una relación ineficaz con el límite mismo.

Incluyo este comentario de una participante en mis cursos de estudio. Cuando era niña le preguntaba a mis padres: “¿Por qué no puedo hacer tal cosa?”. Ellos me respondían: “Porque no”. Si les preguntaba por qué debía hacer tal otra, me decían: “Porque sí”. Y yo no entendía nunca sus razones. Me sentía sola.



Puntos clave

El modo correcto de educar en la vivencia del límite es: reconociendo, comprendiendo, aceptando y respetando el límite:

- ✓ Enseñar al niño el punto exacto en el que detenerse.
- ✓ Explicar la naturaleza y la razón del límite. 3 Ayudar y aceptar la realidad tal y como es.
- ✓ Enseñar a respetar el límite con nuestro propio comportamiento.

Cuando el límite se vive correctamente el niño se siente maduro y capaz de respetarlo haciendo uso de sus habilidades.

Educar sin estímulos dolorosos



*¿Algo bonito de mí?
Mi pasión por las ciencias.*

NICOLETA

Enseñar sin usar estímulos dolorosos es uno de los cimientos conceptuales de educar con amor y firmeza y significa lograr el resultado educativo mediante las habilidades de relación. Normalmente, en los cursos de formación que imparto, este es el concepto más difícil de aceptar, porque requiere elaborar *ex novo* un esquema de base que ha dictado nuestra formación (que se corresponde con nuestra manera de ser) y en consecuencia nuestra expresión (equivalente a nuestra manera de hacer las cosas).

El dolor físico es un sistema de defensa del cuerpo y su finalidad es garantizar que esté incólume. Al sentir dolor, el cuerpo aprende a evitar todo aquello que lo daña y que podría poner en peligro su supervivencia. Por eso el dolor físico nos enseña a salvaguardar la integridad del cuerpo.

Se trata de un mecanismo muy eficiente. Si apoyamos la mano sobre una superficie incandescente y nos quemamos la piel, aprendemos al instante. No es necesario probar, volver a probar, repetir, recordar. Lo que aprendamos lo sabremos para siempre e instintivamente lo evitaremos.

Pero además del dolor físico sentimos también un dolor emocional e interior. Si se insulta a una persona, ésta sufre, no porque se haya dañado el cuerpo, sino porque se la ha herido interiormente. Este sufrimiento también enseña, en cierto sentido, porque demuestra que necesitamos ser respetados y respetar a los demás.

Dado que el dolor físico pertenece a la fisiología del cuerpo humano, podemos decir que se trata del mecanismo ideado por la naturaleza para enseñarle cosas al cuerpo, aunque el mismo principio no vale para la mente.

NO HAY QUE USAR EL DOLOR PARA ENSEÑAR

Quizás precisamente porque el mecanismo descrito es tan eficiente, en un cierto momento, remontándonos muy atrás en la historia, los educadores usaron el dolor para enseñar. Para ello combinaron un dato que hubiera que transmitir, por ejemplo el alfabeto, con un estímulo doloroso, por ejemplo un castigo: un bastonazo en los dedos. Pero, en este caso, el resultado era distinto respecto al ejemplo de la quemadura. El estudiante recibía un conocimiento junto a una herida. Por ello debía gestionar ambos “objetos”: el conocimiento que había que entender, recordar y memorizar, y el dolor que había que vivir, expresar y perdonar. Dado que el dolor se vivía de manera incompleta, porque se reprimía y no se perdonaba, el alumno empezó a odiar el alfabeto, a tener miedo del maestro, a detestar la escuela, etc. El dolor no expresado se transformó en rencor, rabia o miedo.

Durante siglos, el mecanismo se ha ido repitiendo y los educadores han recurrido al castigo para lograr la obediencia de los hijos y de los alumnos. Después el método ha entrado en crisis y se han recorrido otras vías, pero dejando la cuestión no resuelta: aun hoy en día se oscila entre una postura más rígida y una en gran medida permisiva. En cualquier caso, podemos afirmar con certeza que ha surgido una duda: tal vez, usar el dolor para enseñar no sea el mejor camino.

El punto crítico del castigo es el siguiente: el educador utiliza la voluntad para castigar. Ciertamente, el dolor enseña, pero aprender mediante *el dolor es algo que únicamente debería darse como un acontecimiento involuntario*, no producido ni deseado por los educadores.

Por ejemplo, una mujer ayuda a un niño de un año mientras da sus primeros pasos: la mujer seguramente no le producirá una caída por las escaleras al hijo con el fin de que aprenda el equilibrio indispensable para no hacerse daño. La madre tratará de evitar de todas las maneras posibles que el niño se haga daño y, si se produce una caída, será involuntaria; no habrá sido deseada ni mucho menos provocada. ¿Cómo aprenderá a caminar? Mediante tentativas, probándolo varias veces. El dolor que se produce involuntariamente, generalmente se perdona y se olvida. El dolor producido por el adulto de forma voluntaria, o bien el dolor evitable, no se perdona fácilmente y se convierte en una vivencia que permanece impresa en el niño.

El estímulo doloroso puede ser de distinta naturaleza: *físico* (golpear el cuerpo de un niño), *de significado* (ofender con las palabras), *emocional* (usar un tono de voz que asusta), *de acción* (romper su juguete favorito) o *de relación* (negarle la comunicación, negarle el respeto al individuo y a la relación misma).

La característica común de todo estímulo doloroso es que produce en el niño una forma de malestar (dolor en el cuerpo, daño a sus objetos, a sus sentimientos o bien a su interioridad), que se usa para educar, cuando en cambio podría evitarse.

*Cuando el niño
percibe el estímulo
doloroso producido*

*voluntariamente
por el adulto, siente
tristeza, miedo,
rabia, rencor; y
empieza a cerrarse
a la relación con la
figura educativa y
con el aprendizaje.*

Por ejemplo, si una niña se araña el brazo por casualidad, siente una experiencia de dolor involuntario: nadie la ha empujado, nadie quería que se hiciera daño.

Si los padres aprietan con fuerza el brazo de un niño para evitar que toque un vaso de cristal, se trata entonces de educar con un estímulo doloroso. El niño relaciona el dolor con el padre o madre, que se convertirán en “quien produce dolor”. Los padres en cambio pueden alejar al niño de manera firme, sin hacerle daño.

Cuando aquí hablamos de “estímulo doloroso” indica una acción dolorosa producida voluntariamente por el educador con el fin de enseñar algo o de gestionar una situación. El educador podría, con un poco de buena voluntad, actuar de forma que no hiriera al niño y obtener el resultado deseado a través de otras experiencias.

A menudo los adultos usan el estímulo doloroso porque les parece el método más simple para atraer la atención del niño, en tanto que surte un efecto inmediato y seguro y, dado que se ha repetido durante generaciones, se genera de manera automática. Cuando el adulto grita, seguramente el niño se asustará, le mirará y probablemente intentará obedecerle. El estímulo doloroso, por tanto, parece eficaz, aunque se trata de una falsa utilidad, porque se puede obtener el mismo resultado de maneras mejores.

¿Qué produce la enseñanza con estímulos dolorosos?

Educar con un estímulo doloroso significa cimentar el propio proceso de aprendizaje sobre el siguiente concepto: el niño aprende para evitar el dolor (el castigo).

El primer y más evidente efecto no ventajoso de este planteamiento es que en ausencia del estímulo doloroso el niño no aprende. En concreto, cuando los padres están ausentes, o bien cuando el maestro no le ve, el niño no considera necesario actuar correctamente porque no hay castigo. Es entonces cuando se hace necesaria la amenaza constante de castigo que progresivamente será más fuerte, porque de no ser así el aprendizaje se detiene.

Esta es una trampa que bloquea muchas potencialidades humanas. Cuando una acción educativa combina un objetivo formativo (por ejemplo aprender a escribir) con un estímulo doloroso, el niño debe gestionar dos experiencias: aprender a escribir y el dolor. Si el dolor se comunica, se comprende y se perdona, éste se evaporará sin dejar huella, pero si no se vive completamente, permanecerá impreso en la interioridad del niño y necesitará de una resolución.

Las *reacciones* más frecuentes a los *estímulos dolorosos* son: *sufrir*, *rebelarse*, o bien *fingir*.

- *Sufrir*. Se le grita a un niño porque no ha hecho bien sus deberes de matemáticas, se asusta y está atemorizado. Entonces estudia tres horas sin descanso para remediarlo enseguida y evitar eventuales castigos. O bien concluye que es un inepto para esta materia y renuncia a esforzarse para lograr una buena nota. Otra posibilidad es seguir trabajando, a veces más y a veces menos, pero sin placer y sin compromiso, diciendo: “Debo hacer esto, debo hacer aquello”. Desde un punto de vista humano, el niño no define su experiencia con las palabras “estoy aprendiendo”, sino más bien con la expresión “me toca soportar esto”.
- *Rebelarse*. Frente al mismo tipo de reproche, ante la misma tarea de matemáticas, otro niño en cambio se volverá rebelde; dirá, por ejemplo: “De todos modos yo no necesito la escuela” o bien “Mis padres no me entienden y la maestra no sabe enseñar”. Por eso la “culpa” de la falta de resultado no debe atribuírsele a él, como en el caso anterior, sino más bien a los demás. Desde un punto de vista humano, este niño tampoco describe su experiencia como “estoy aprendiendo”, sino como “me defiendo y ataco”.
- *Fingir*. Cuando la madre dice que es hora de hacer los deberes, el niño se sienta diligentemente en su escritorio y lee sus cómics. Parece que obedezca. El niño simula obediencia para evitar el castigo, pero no intenta aprender de verdad. Su punto de vista subjetivo no es “trato de aprender”, sino “trato de hacer lo que me apetece y evitar el castigo”.

Además de las tres modalidades descritas, todas típicas e importantes, que podemos considerar como verdaderas vías principales, hay carreteras secundarias, maneras distintas en las que el niño puede elaborar las emociones que siente, pero la constante de toda experiencia será siempre la misma: el niño no “trata de aprender”, sino que se inventa sistemas para deshacer el dolor que siente o que teme.

Las dinámicas descritas se producen porque el niño se siente herido por el estímulo doloroso usado por el educador y no logra perdonarlo en tanto que tiene la percepción de que el dolor es, sea como sea, injusto.

CONSECUENCIAS DEL ESTÍMULO DOLOROSO

Usar un estímulo doloroso para enseñar causa numerosos efectos indeseados que son colaterales. Aparentemente, el niño aprende antes y mejor, pero es un efecto provisional y a menudo engañoso: a largo plazo, de hecho, emergen las desventajas de este planteamiento, que no son pocas.

El estímulo doloroso *impide al niño tomar la decisión de aprender*. Obligando a un niño a estudiar, podemos lograr que aprenda determinadas nociones, pero no podremos nunca obtener otro resultado más importante: que ame el conocimiento, que lo desee, que lo busque autónomamente y, en definitiva, que escoja aprender y saber.

Si se nos obliga a llevar la camiseta azul, no podemos escoger la camiseta azul. Para liberarnos de la desagradable sensación de haber sido obligados, tendremos que renunciar también a la camiseta relacionada con la obligación. Tal vez nos gustase el azul y lo habríamos terminado por escoger igualmente, o tal vez no, pero la constricción elimina la posibilidad de elección.

Otra grave consecuencia del estímulo doloroso en la enseñanza es que deteriora la relación entre adulto y niño. Es difícil amar a una persona temida, que asusta y hiere, aunque se comporte así con un supuesto buen fin. El amor es verdaderamente persistente, por eso en cierto modo sobrevive, pero los estímulos dolorosos lo someten a una dura prueba. En todo caso la comunicación decae, la colaboración se resiente, la calidad de la relación humana tiende a empeorar con el tiempo.

Volviendo al ejemplo del tubo que une a dos personas, el estímulo doloroso, sea del género que sea, es como una pelotita que, al pasar por él, provoca pequeñas o grandes explosiones; y a veces hasta llega a romper el tubo. La relación entre adulto y alumno o padres e hijo se vuelve cada vez más débil e ineficaz. Llega un momento en que el educador explica pero ya no sabe si el joven comprende o finge, no sabe si respeta un valor o no.

Pero a un daño se une otro. El estímulo doloroso no deteriora solo la relación con el educador, sino también *con el estudio o la disciplina* como tal. Los chicos y chicas no crean una relación correcta con el aprendizaje, con el saber, con el conocimiento, con el desarrollo de las propias habilidades. Aunque se logre que los alumnos reproduzcan un determinado conocimiento, se carece de un objetivo ulterior, es decir, que éstos lo sepan buscar de forma autónoma y que extraigan del mismo un verdadero placer.

En definitiva, incluso los adultos siguen siendo educados con el estímulo doloroso. Si el conductor de un coche no se abrocha el cinturón, paga una multa. Utilizar un cinturón de seguridad para nuestra propia integridad podría ser una regla a seguir sin necesidad de amenazas y como efecto de haber comprendido que es útil para uno mismo. Esto confirma el hecho de que usar un estímulo doloroso para obtener un resultado es un modelo profundamente arraigado en nuestra cultura y en nuestra historia. Dado que éste, por desgracia, presenta graves desventajas, resulta importante dirigir la mirada hacia otras posibilidades educativas que, por suerte, existen.

El estímulo doloroso en sí mismo no sirve para aprender. La personalidad humana se desarrolla y crece gracias a la atención, a la comprensión, a la experiencia. El dolor es una sensación que se puede asemejar a sentimientos como la rabia, la tristeza, la alegría. Se trata de sensaciones, de oleadas energéticas que atraviesan el cuerpo y la personalidad, pero no son instrumentos que ayuden a aprender, a recordar, a madurar un valor, a adquirir una costumbre de vida... Hay que perseguir el resultado educativo mediante la relación: explicar, mostrar, ayudar a hacer las cosas, detener, servir de ejemplo, repetir...

Evitar usar estímulos dolorosos para enseñar no significa eludir las consecuencias de las acciones; es más, es de fundamental importancia explicar las consecuencias tanto de las acciones correctas como de las erróneas. Cuanto más comprenda el niño las cosas a

través de la relación con su educador, menos tendrá que aprender de los errores en la vida. La consecuencia se presenta como un conocimiento que hay que comprender y no como una temible amenaza.

*Educación sin
estímulo doloroso
significa lograr el
resultado educativo
respetando
plenamente al
individuo y tratando
de no herirlo de
ningún modo.*

Si los padres consideran que un determinado comportamiento está mal, lo detendrán y le impedirán al hijo continuar con él y repetirlo. El resultado educativo se logra así, pero a la vez se mantiene una relación abierta y de confianza recíproca. La acción educativa ha de ser responsable, decidida, seria y eficaz pero también amorosa y comprensiva.

EDUCAR MOTIVANDO

En vez de usar un estímulo doloroso, el adulto debe educar induciendo la maduración de la verdadera motivación, que está en la base de las acciones.

A menudo los padres están convencidos de que les explican a sus hijos las razones verdaderas de sus decisiones, pero en realidad no es así. Por ejemplo, si la madre dice: “Haz rápido los deberes, así después merendaremos”, la motivación puede guiar en la dirección equivocada. Su hijo, en vez de hacer los deberes para conquistar un conocimiento, escribirá con prisas para ir a merendar. Otros posibles equívocos pueden derivar de motivaciones inexactas. Por ejemplo, una niña come no para nutrir el cuerpo, sino para contentar a la madre que ha cocinado para ella, etc.

Presentarles a los niños y a los adolescentes la motivación exacta de cada acción que se les pide tiene un gran poder formativo: mantener la salud del cuerpo, tener una casa bonita y ordenada, conocer, saber hacer... Por eso, en vez de usar un estímulo doloroso, que nunca está relacionado con la acción de aprender, atengámonos a la razón íntima, a la fuente de la acción misma.

Es importante no “atropellar”; el niño se siente “atropellado” siempre que no se le respeta como individuo, que se le niega la relación, se socava su libertad de elección, o bien cuando se le deja solo en una situación que le supera, o cuando, a tierna edad, siente dolor sin que se le reconforte, o bien incluso cuando se siente vencido interiormente y pierde su dignidad.

La experiencia del “atropello” es distinta a la del dolor producido involuntariamente, porque se imprime profundamente en la interioridad del niño y tiene, además, el poder de modelar su personalidad y sus decisiones futuras. Una experiencia de dolor vivida

plenamente en una relación de apoyo, desaparece sin dejar ninguna cicatriz, como una gota de agua moja una tela de algodón y después se evapora en el aire. El dolor vivido de forma plena puede ser recordado, pero una vez integrado, no alterará la personalidad. En cambio el “atropello” tiene el poder de torcer una joven personalidad en desarrollo, porque es un peso mayor del que el niño puede sostener.

El estímulo doloroso es abrumador y provoca una pérdida de la identidad del niño (cómo se percibe a sí mismo). Posteriormente, él asumirá una identidad menos adecuada para aprender, desarrollarse y vivir bien.

Si se hiere a un niño con un castigo demasiado severo, en los momentos de dolor puede que sienta que la vida es injusta, que hay algo en él que está mal porque siempre provoca problemas, que es incapaz y que todo le va mal. El conjunto de dichas sensaciones conforma una identidad y ésta es asumida, como quien se pone un traje, por ejemplo: “no valgo”, “soy un inútil”, “soy desgraciado”, “no me aman”.

El acontecimiento doloroso pasará y, aparentemente, todo parecerá haber vuelto a la rutina acostumbrada. Pero cuando se produzca el siguiente episodio de dolor, se reafirmará la identidad adoptada y el niño empezará a sentir y a creer, por ejemplo, que es un inútil. Cuando se sienta en el aula para escuchar la lección con la postura del cuerpo, con la mirada, con toda su manera de ser dirá: “No importa, porque sea como sea no recordaré nada, porque soy un inútil”.

Por esta razón está bien usar la energía necesaria, para obtener el fin educativo en cuestión. Si el niño es obstinado, los padres también pueden actuar con determinación, pero para enseñar y no para herir. El niño capta la diferencia y el padre puede también acentuar con sus palabras su voluntad de no herir, sino más bien de enseñar. Puede mostrar sus intenciones de manera explícita: “No quiero hacerte daño, solo te estoy deteniendo para que no puedas arrojar estos objetos al suelo. Deseo que aprendas esto”.

El adulto siempre es más grande y físicamente más fuerte que el niño, más complejo y más hábil en cualquier cosa. Cuando educa debería medir y moderar su fuerza en base a las exigencias de desarrollo del niño, evitando atropellarlo tanto física como moralmente.

Algunos educadores, en el momento en el que aceptan la idea de no usar estímulos dolorosos, se sienten impotentes y tienen la impresión de no poder intervenir de ninguna manera. Algunos exclaman: “Los niños harán lo que les dé la gana y la situación se volverá imposible de gestionar”. La decisión de no recurrir a estímulos dolorosos para enseñar no implica en absoluto un comportamiento blando o débil. El adulto puede ser enérgico y firme y mostrar la voluntad de valerse de esta energía solo y exclusivamente para enseñar, sin herir de ningún modo.

A veces los padres tienen la sensación de que los hijos son más fuertes que ellos, que en cualquier caso vencerán y que en definitiva, no obedecerán. Es una sensación equivocada. ¡Los padres deberían tomar conciencia de que son más firmes y más hábiles que los hijos! Por eso pueden, y deben, esforzarse y ser oportunos y convincentes. Pueden poner en práctica todo su potencial humano para guiar las experiencias educativas en una dirección constructiva.

PREVENIR LAS DIFICULTADES

La mejor manera de educar con amor y firmeza es prevenir las dificultades. Si, por ejemplo, dos hermanos se pelean por un juguete, es útil estar presente en el momento en que empieza el litigio, y crear una nueva forma de relacionarse. Es aconsejable intervenir en el origen del problema, justamente en su inicio y no dejar que degenera. Este es un principio muy importante para las heridas físicas. Los educadores deberían estar presentes y prevenir: evitar que sucedan.

Cuando una ortiga es pequeña y mide solo dos centímetros, se puede arrancar la plantita del jardín sin esfuerzo, pero cuando ya es grande pincha, está fuertemente arraigada en la tierra y además esparce por todas partes sus semillas. Llegados a este punto, tendremos que extirpar la planta y será otro tipo de experiencia.

La capacidad de los educadores para prevenir, identificar las dificultades cuando surgen y detenerlas, equivale a la capacidad para garantizar un alto estándar de relación y de calidad de la experiencia educativa.

A veces los educadores dan una indicación (por ejemplo: “Ve a hacer tus deberes”) y tienen la sensación de que el niño no obedecerá. El tono de voz, la expectativa y el modo de pronunciar la frase expresan esta convicción que, a menudo, halla enseguida confirmación en la apatía del niño.

Por el contrario, es importante que los educadores decidan enseñar y que tengan la actitud, el tono, el estado de ánimo que se corresponde con: “Yo te enseñaré a hacer bien los deberes” y que sean los primeros que consideren posible el éxito: “Tú puedes aprender a hacer bien los deberes”.

CUANDO FALTA AMOR

Unos padres, o educadores, con plena maestría en educar con amor y firmeza, no usarán estímulos dolorosos para enseñar. En cambio, cuanto mayores sean las dificultades con las que se encuentre el educador para ser afectuoso y firme, más caerá en excesos. El amor es un sentimiento profundo y espontáneo en todos los padres, pero necesita también de cuidado y esfuerzo. De hecho, un amor maduro no es solo un sentimiento, sino que implica también asumir ciertas responsabilidades, prestar atención al hijo, hacer sacrificios. Si el padre o la madre no presta suficiente atención o bien carece de paciencia y de cuidado, la relación con el hijo se hará cada vez más frágil e inconsistente. Será por tanto incapaz de sostener las crisis de desarrollo y el esfuerzo que comporta el proceso de maduración.

*Cuando falta
amor, o cuando
su expresión es
escasa, decae
el valor de la
relación, lo
que conlleva*

El efecto de este estado se puede detectar a veces en los jóvenes de hoy, en la carencia de motivación, en la ausencia del impulso de implicarse, en la ausencia de valores: saben hacer cosas, pueden hacerlas, pero no quieren.

CUANDO FALTA FIRMEZA

Cuando el educador es débil no obtiene el resultado educativo y, en consecuencia, el niño no aprende, desarrollando con el tiempo una personalidad débil, confusa, incapaz, egocéntrica, vana.

Cuando por debilidad no se respeta un límite, se constatan diversas alteraciones. Una de ellas es la imposición de un límite más severo. Pongamos el ejemplo de una mamá que le explica a su hija “Puedes usar las tijeras, pero no cortes el mantel. Trata de cortar estos folios de papel y estos recortes de tela”. La niña insiste en querer recortar justamente el mantel, entonces la madre coge las tijeras y las esconde prohibiendo su uso. El primer límite no ha sido respetado, entonces entra en uso otro más restrictivo. Si al final la niña se enfada y arroja los folios al suelo, puede desencadenarse en el adulto una reacción aún más enérgica.

Cuando un educador se muestra “débil” puede dar, engañosamente, la impresión de ser más “bueno” cuando esta falta de firmeza puede conducir a volverse más duro e incluso a herir. Por eso es importante mostrarse firmes y hacer respetar el límite establecido, en el momento justo, sin postergarlo. La debilidad de los padres a la hora de mantener un límite con el hijo se refleja después en la personalidad del joven: él no será capaz de mantener sus decisiones de forma duradera o de ser disciplinado para obtener un resultado que desee.

Cuando un educador decide educar con habilidad de relación y sin estímulos dolorosos, hace un amargo descubrimiento: causa estímulos dolorosos incluso sin querer. Y es que hemos sido educados durante generaciones en base a este modelo; la reacción física o emocional que hiere actúa automáticamente.

Uno de los puntos más difíciles a desarrollar al educar con amor y firmeza se corresponde también con una de las habilidades de las que más carecen los educadores de hoy: la capacidad de mantener una acción sin caer en juicios negativos o en reacciones emotivas. Es útil aprender a comunicar lo que uno siente y piensa, sin atribuir la culpa a nadie.

Al principio el adulto está sereno y tranquilo, y plantea su indicación: “No hagas esto”. En el momento en el que el niño no obedece y es necesario repetir la orden y ayudar al niño a obedecer, intervienen reacciones de tensión, rabia y juicios sobre uno mismo y sobre el niño. Un primer paso útil para avanzar en esta dirección será crear una distinción, una “separación” entre lo que se siente subjetivamente y “la otra persona”, es decir, el niño. En vez de decir: “Me haces enfadar”, el padre puede expresarse con otras

palabras, por ejemplo: “Esta acción es muy difícil para mí”. Una expresión de este tipo salvaguarda al niño porque no se le atribuye la responsabilidad de la alteración del padre o de la madre.

De este modo el adulto puede comunicar lo que siente y puede presentar sus demandas, sin que éstas se confundan con acciones educativas (o bien indicaciones que enseñan).

Los padres se preguntan: ¿pero de verdad se puede castigar?

Hay que evitar el castigo porque hace daño, produce dolor, no enseña y produce efectos colaterales negativos. El cuerpo aprende mediante el dolor, pero la mente no aprende del mismo modo. La mente aprende porque ve, conoce y comprende, no porque sienta miedo, dolor o temor. Estos tristes sentimientos no ayudan a recordar mejor, de hecho ninguna técnica de memoria aconseja procurarse dolor de ninguna forma para recordar mejor las cosas. El castigo es un instrumento educativo, usado durante muchas generaciones, que ha agotado su función. Si deseamos mejorar la calidad de la educación, se debería abandonar definitivamente.

Si un padre o una madre es verdaderamente bueno educando, prácticamente no tendrá necesidad de castigar. El castigo se desencadena porque la educación no funciona, o bien no produce los resultados esperados. Si los niños y los adolescentes aprenden, no hay ninguna razón para castigarles. El castigo en realidad no enseña: el dolor es un mecanismo de defensa del cuerpo, pero el sufrimiento no constituye la modalidad de aprendizaje propia de la personalidad humana. Los niños no necesitan ser castigados para aprender, para recordar mejor o para esforzarse más. Más bien necesitan de repeticiones, de firmeza, de comprensión y de experiencias de vida.



Puntos clave

- ✓ El estímulo doloroso daña la relación entre el educador y el educando e impide que se genere una relación plena y correcta con el estudio y el aprendizaje.
- ✓ Si falta amor, se pierde el significado profundo de la relación educativa y de la transmisión del conocimiento.
- ✓ Si falta firmeza, el niño no aprende y, en consecuencia, no se obtienen los resultados deseados.
- ✓ Está bien indicar la verdadera y exacta motivación de las acciones que se enseñan. Es muy útil prevenir los errores e intervenir cuando surjan las primeras dificultades.

El ciclo del aprendizaje



*¿Algo bonito de nosotros?
Que nos cuidamos unos a otros.*

MANUEL, RAQUEL Y MARTA

UN VIAJE A LA CONQUISTA DEL CONOCIMIENTO

Desde el momento en que el niño no conoce algo hasta el momento en que lo aprende, hay un proceso que realizar, hay un camino que recorrer. Se trata de un viaje cuyo punto de partida es “el niño no sabe” y el punto de llegada es “el niño sabe”. El recorrido que se dedica a la conquista de un conocimiento o de una habilidad puede ser vivido de muchas maneras distintas, más o menos válidas.

Podemos empezar observando que este viaje es bellissimo: ¡el hecho de que un niño o un joven puedan hacer una conquista es un acontecimiento emocionante! Aunque, como sucede al enfrentarse a un límite, esta experiencia también está llena de “trampas”. Observemos a continuación las etapas del ciclo del aprendizaje, los instrumentos que ayudan a aprender, los errores típicos y sus posibles soluciones.

El primer paso consiste en *aclarar la posición de partida*: “qué es lo que el niño no sabe” y *concebir la meta*: “qué es lo que el niño aprenderá”. La meta hay que pensarla de manera propositiva; se trata de un éxito, de un resultado que hay que lograr. Debemos examinar también su significado, la razón por la que se persigue, su valor, su futura utilidad: ¿de qué modo esta meta, una vez alcanzada, contribuirá a crear un contexto mejor de vida?

El fin de la meta es que el niño haga suyo un conocimiento, o bien que madure una habilidad. Que sea capaz de originar por sí mismo lo que ha aprendido.

El educador realiza preguntas no solo para evitar problemas, sino para obtener algo constructivo, útil y válido. Es provechoso desvivirse para que el niño entienda la meta

educativa y aprenda a esforzarse por ella.

*La meta puede ser
un conocimiento
(saber), una
habilidad (poder
hacer), una
conciencia (ser)
o una condición
(tener).*

Las metas pueden ser de distintos tipos: pueden ser relativas al cuerpo (salud), a las costumbres de vida (comer, dormir, lavarse) o a las habilidades físicas (correr, resistencia, manual); pueden ser objetivos de la personalidad (comprender, memorizar, persistir); pueden ser conquistas en las relaciones (ponerse de acuerdo, estar bien juntos), en el conocimiento de uno mismo (libertad de elección, valorarse a uno mismo) o en la relación con el ambiente (seguridad, orden). Además, las metas se desarrollan en la familia, en la escuela, en las relaciones de amistad, en las disciplinas deportivas o artísticas...

Los educadores están acostumbrados a trabajar por objetivos y se les da bien alcanzarlos, pero no todas las áreas se tratan igual. Por eso resulta más bien urgente concebir y alcanzar nuevas metas que hagan referencia a la personalidad y a las relaciones interpersonales.

Cuando dos personas viajan, tal vez estén contentas por ver muchos lugares nuevos y tener la posibilidad de adquirir conocimientos. O bien puede que sufran porque desplazarse cansa. De forma similar, también en el ciclo del aprendizaje, la vivencia humana puede variar a lo largo de un amplio espectro de posibilidades. El niño puede estar contento de adquirir el saber o bien puede sentirse incómodo y no ver el momento de poder “abandonar la empresa”.

La manera en que se viva la aventura de aprender depende de la calidad de las relaciones interpersonales, así como de la interpretación que se formula del niño y su rendimiento. El modo en que se recorre el ciclo del aprendizaje incide de manera decisiva en distintos elementos:

- La calidad del aprendizaje (cuánto aprende el niño)
- La calidad de la relación humana (sentirse bien o sentirse mal con los demás).
- La relación con el aprendizaje (deseo o rechazo de aprender).
- La adopción de una identidad (“Soy el que sabe” o bien, “Soy alguien que no entiende, que no sabe”).

LAS ETAPAS DEL APRENDIZAJE: ACIERTOS Y ERRORES

Las etapas del ciclo del aprendizaje pueden concebirse de diversas maneras, según la edad de los niños, de los adolescentes o de los jóvenes, y también en base a las características de la meta que se persiga. La siguiente es una subdivisión muy útil:

Primero: *Explicación del educador* (el niño comprende).

Segundo: *Experimentación del niño* (prueba, repite, se ejercita).

Tercero: *Comprobación del aprendizaje adquirido* (mostrar el saber adquirido, corregir, apreciar el resultado, usar el conocimiento).

Examinemos brevemente algunos elementos que conformen las etapas del aprendizaje, observando sus puntos centrales y los errores típicos.

- *Explicar*. El educador explica un nuevo concepto, presenta un conocimiento. La tarea del niño es prestar atención y tratar de entender. Es muy útil que el adulto exprese cuál es su intención (“Yo deseo que comprendas”) y que apoye al niño a la hora de comprender (“Tú lo puedes comprender”). A veces los educadores explican con una actitud que dice: “Seguro que no escucharás y no entenderás” y eso es un error. Aunque en el pasado ese niño no comprendiera algo, hoy tiene la oportunidad de comprender.
- *Mostrar*. Además de entender, el niño necesita ver, por eso es muy útil mostrar. Cuanto más se demuestren en la práctica tanto el tema de estudio como los conceptos y se representen con objetos y situaciones reales, más fácil será aprender y recordar.
- *Hacer las cosas juntos*. Un elemento muy eficaz consiste en hacer las cosas todos juntos; estar con el niño y hacerlas con él. Eso ayuda a superar las dificultades naturales del aprendizaje y nutre la relación. El niño no se siente solo, sino que percibe que sus padres, o el maestro, están con él. El placer que deriva de estar juntos y hacer cosas juntos hace que sea más agradable aprender. Un ejemplo: un niño no quería escribir, entonces el maestro, para animarle, escribió algunas palabras con delicadeza en su cuaderno. Este gesto de cercanía le ayudó y un instante más tarde, ya volvía a asir el lápiz.

Tras haber entendido el funcionamiento y haber sido apoyado, el niño está listo para hacer las cosas solo. Si no logra obtener los resultados esperados, lo repite una vez más o bien vuelve a la etapa anterior para hacer las cosas de nuevo, pero esta vez juntos. Hacer las cosas solo debería ser una conquista positiva de autonomía. El adulto no debería forzar esta capacidad para evitar esforzarse o para disponer de más tiempo libre.

- *Exponer el conocimiento aprendido*. Una experiencia muy útil pero tal vez poco empleada, es mostrar un conocimiento sin evaluarlo después. Presentar una investigación, compartir algo que se sabe hacer, explicar algo que se ha comprendido... en un contexto libre del juicio y de la evaluación. Este tipo de experiencia permite hacer del saber un valor. ¿Cómo? Aquello que recibe atención se vuelve interesante. •

Evaluar. La evaluación es una parte delicada del proceso de aprendizaje. Por sí misma, la evaluación es un medio muy útil, pero a menudo se vive con malestar y, en consecuencia, se teme.

El educador debería distinguir entre el rendimiento en una determinada tarea y el valor del individuo. El rendimiento puede ser más o menos bueno. El niño, en tanto que persona, debería recibir, en todo caso, aprecio por su esfuerzo.

Recibir una evaluación negativa en cuanto a la consecución de una tarea no debería confundirse con el valor del otro como individuo, al que siempre hay que reafirmar.

- *Dar seguridad.* Una de las funciones principales de la evaluación es confirmar que se ha producido el aprendizaje. De este modo el niño “sabe que sabe”, adquiere la certeza de su saber. A veces los alumnos saben las cosas pero no están seguros de ello, dudan de su propio saber. Es tarea del educador ayudar al niño a sentirse seguro de lo que sabe y de lo que puede hacer.
- *Usar el conocimiento.* El ciclo de aprendizaje no concluye con la evaluación, como a menudo se percibe subjetivamente, sino más bien con la aplicación del conocimiento mismo. Tras haberse esforzado por explicar, por un lado, y por escuchar, hacer, repetir, corregir... por el otro, finalmente ¡se conquista un saber! El paso siguiente es aplicarlo a las experiencias de la vida y tomar conciencia de que los conocimientos adquiridos y las habilidades desarrolladas amplían nuestras posibilidades y nos ayudan a vivir mejor.
- *Agradecer.* Al final del ciclo de aprendizaje es realmente importante que el educador dé las gracias al niño por haberse esforzado por aprender. Existe la tendencia a apreciar únicamente los esfuerzos que conducen a un rendimiento óptimo. Es tarea del educador reconocer el valor del esfuerzo, también en el caso en el que el rendimiento sea mediocre.

ALGUNAS ESTRATEGIAS IMPORTANTES

Los educadores explican, muestran, exponen..., una serie de conceptos que se asimilan y otros no. Un error típico, por parte de los educadores, es el de “flaquear antes de llegar a la meta”.

Enseñar es difícil, aprender es difícil. A veces los adultos renuncian a la meta, dado que la dificultad es demasiado grande y prevalece. El educador puede redimensionar la meta, pero es mejor que no renuncie a la misma. Para reforzar las etapas del ciclo de aprendizaje, se puede prestar más atención a las siguientes estrategias.

- *Repetir.* Cualquier concepto que se repita muchas veces, se vuelve familiar. Por eso repitiendo se aprende. El problema es seguir repitiendo hasta que se produzca el aprendizaje. Un error típico en este caso es considerar la repetición aburrida e inútil y por eso dejar de aplicarla. Aunque no produzca un placer inmediato, la repetición en realidad es una capacidad, una habilidad de nuestra voluntad. Los ejercicios en el

gimnasio entrenan nuestro cuerpo, mientras la repetición en el estudio entrena nuestra personalidad. Tener unos músculos fuertes y elásticos es una ventaja. Tener una voluntad fuerte y capaz es también un bien precioso.

- *Corregir.* La corrección le sirve al niño para descubrir qué ha aprendido correcta y exhaustivamente y qué, en cambio, debe perfeccionar aún. El objetivo de la corrección es permitir un aprendizaje completo y exacto. Pero a menudo el impacto emotivo de la corrección es tan fuerte que este fin ni tan siquiera se percibe. Una manera sencilla de mejorar la vivencia de la corrección es comunicar, bien y a menudo, el objetivo de esta acción. El educador puede decir “Me importa que te sepas la gramática de una manera exacta, por esa razón te corrijo”. El niño no sentirá que es “quien se equivoca”, sino más bien “quien está aprendiendo correctamente”.
- *Dar indicaciones en positivo.* A veces se acumulan demasiadas indicaciones negativas (“no hagas esto, no toques aquello, deja de dar golpes”...), que causan irritación y necesidad de transgredir. Es suficiente con prestar mayor atención a las palabras y formular las indicaciones en positivo: en vez de decir qué es lo que no hay que hacer, sería mejor comunicar de forma exacta cómo comportarse. De este modo será más fácil transmitir la intención educativa (“Deseo que aprendas”). Así, se podrá acceder más fácilmente a un entendimiento sincero y a una buena colaboración.
- *Dar la indicación de manera neutra.* Sucede con frecuencia que los educadores dan instrucciones correctas (por ejemplo: “Ve a hacer los deberes”), pero con una actitud equivocada (por ejemplo, con un tono de voz que comunica desconfianza, prisas, cansancio o irritación). El adulto debe sentir sus propias emociones, pero cuando da una instrucción debería acompañarla de una intención coherente. Por eso si la indicación es: “Ve a hacer los deberes”, la intención coherente es: “Deseo que aprendas la lección de historia, deseo que adquieras una riqueza de conocimientos”.

Las vivencias personales contenidas en el momento de la indicación que se le da al hijo pueden comunicarse a continuación en el contexto apropiado; en cambio es un error técnico externalizarlas junto a las instrucciones que tienen una función educativa. Por ejemplo, una madre puede comunicar su cansancio (“Hoy he tenido un día verdaderamente complicado en el trabajo”), pero cuando le pide al hijo que haga los deberes, puede hacerlo mostrando su deseo de que él aprenda. A veces los mensajes que comunicamos se solapan, mezclándose, y la madre, mientras le recuerda al hijo que se esfuerce en sus estudios, muestra todo su malestar por una jornada demasiado estresante, hecho que tiene como consecuencia que él se pueda sentir fácilmente apesadumbrado, o apático, algo que sin duda no es lo que la madre desea.

- *Saber pedir.* Cuando los padres empiezan a plantearse cómo educar con amor y firmeza son conscientes de que dan muchas indicaciones en forma de obligación, por ejemplo: “Debes estudiar, debes comer, no debes hacer ruido”. En realidad, también esta pieza de la comunicación entre padres e hijos puede mejorarse. Los padres pueden pedir al niño que haga cosas: “Te pido que estudies. Te pido que pruebes esta comida

que he preparado para ti. Te pido que no hagas ruidos fuertes porque tu hermano está durmiendo”.

La palabra “*debes*” obliga, constriñe y quita libertad de elección. La petición, “te pido que”, respeta al individuo y su libertad de elección y pone el acento en el hecho de que el niño ofrece una ayuda por amor o bien obedece porque establece una relación con su educador. En definitiva, para el adulto también es muy hermoso recibir un gesto hecho con amor en vez de observar que obtiene la obediencia bajo presión y como un hecho que no se puede evitar.

- *El tiempo de aprendizaje.* Todo niño tiene una relación especial con el tiempo: en algunos aspectos es rápido, mientras que en otros es lento; ciertos conceptos los aprende enseguida, otros en cambio los olvida. El adulto tiene en relación con el tiempo del niño una expectativa que no siempre se cumple. Repite una regla o un principio cinco o siete veces, después espera que la idea se recuerde y se acate. Cuando el niño no responde al compás previsto por el adulto, se obstaculiza el ciclo de aprendizaje. A menudo el adulto deja de enseñar y empieza a lamentarse.

*El adulto debe
intentar –y cuanto
más lo haga más lo
logrará– respetar
el tiempo del niño.*

- *Gradualidad.* Si el niño no aprende, podemos hacer que el proceso sea más gradual, identificando pasos más simples y siguiendo un camino menos escarpado. Las etapas del aprendizaje se descompondrán entonces en minúsculos segmentos que habrá que realizar a la vez. Un itinerario más “dulce” puede desarrollarse así. En primer lugar el niño mira, y nosotros lo apreciamos por ello; en el segundo paso responde sí o no a una pregunta y nosotros le agradecemos su colaboración; en el tercer paso decide el color con el que escribiremos una palabra para él y nosotros valoramos su elección..., y así hasta el momento en que el niño pueda escribir por él mismo. La gradualidad le permite al niño asimilar la meta propuesta por el adulto en el tiempo y de la manera que vaya más en consonancia con él. Apreciar de manera sincera cada minúsculo progreso será el incentivo que permitirá que el proceso avance sobre una base de estima y de afecto entre niño y educador.
- *Progresar y volver atrás.* A veces los niños conquistan un objetivo para después, por motivos aparentemente incomprensibles, volver atrás en ese aprendizaje. La regresión o la falta de logro pone en un aprieto al educador, interpretando el hecho como un fracaso. Se trata, en cambio, de una fase normal del ciclo del aprendizaje. Uno debe seguir enseñando hasta que el aprendizaje se haya adquirido de forma estable. Está bien no cargarle al niño el peso de la falta de resultado; por el contrario es aconsejable subrayar siempre el valor y la belleza de la conquista en el aprendizaje.

- *Suprimir un privilegio.* Algunas situaciones no pueden gestionarse con ninguno de los medios antes mencionados. El educador se enfrenta a veces con un niño que ha entendido cuál es el comportamiento correcto y que es capaz de hacerlo, pero que no lo lleva a cabo y además actúa de manera incorrecta. En estos casos, el castigo parece la única posibilidad que puede utilizarse.

En realidad, en dichas situaciones es mejor eliminar un privilegio: limitar un placer, un juego o bien el uso de un objeto deseado. Es importante no adoptar siempre la misma limitación (por ejemplo: “Esta noche nada de postre”). Eliminar más de una vez algo que guste lo hace aún más deseable y desarrolla, en consecuencia, un deseo excesivo. Así, el niño abusará de la comida para compensar la mencionada restricción. Es además crucial que el adulto explique la motivación de la limitación y la relacione directamente con el aprendizaje. El educador no quita un placer para herir al niño, sino más bien para educar su atención, para hacer madurar en él una capacidad indispensable, porque desea que el niño aprenda.

Es más fácil plantear restricciones modestas y asegurarse que se respeten, ya que con un límite demasiado gravoso o severo se corre el riesgo, con el tiempo, de no poderlo mantener y respetar.

Se habrá alcanzado el pleno aprendizaje cuando un niño sea capaz de originar de forma autónoma la habilidad que ha adquirido. Será capaz de reconocer cuándo es necesaria dicha capacidad, cuándo se demanda; y si es voluntarioso estará dispuesto a ponerla en práctica. Habrá madurado un “saber hacer” y también un “querer hacer”. Si el niño sabe hacer pero no quiere, significa que la manera en que ha recorrido el ciclo de aprendizaje no era la adecuada para él.

Un día le dije a mi hijo: “Prepárate, salimos en un minuto”. Me respondió: “Sí, claro, mamá”. Tras un instante volví, lista para salir, y me lo encontré enfrascado en lo mismo que estaba haciendo antes; ni siquiera se había movido. Reprimí mi reacción espontánea y le pregunté, lo más amablemente que pude, dada de la urgencia de la situación: “¿Cómo es que no te has preparado?”. Su respuesta fue: “Porque estoy concluyendo mi dibujo”. En efecto, tenía razón: estaba terminando, y tuve la paciencia necesaria para ayudarlo a prepararse.



Puntos clave

- ✓ El ciclo de aprendizaje está compuesto por diversas etapas: explicar, experimentar y comprobar.
- ✓ Es importante acompañar al niño o al adolescente a través de todas las etapas del aprendizaje, hasta la conquista plena del conocimiento y de la habilidad en cuestión.

La disciplina como habilidad



*¿Algo bonito de mí?
Que me encanta sonreír.*

ELOÍSA

La disciplina es la habilidad de ordenar los pensamientos, los sentimientos, las palabras y las acciones en base a un fin determinado. Por eso, si un joven desea aprender una lengua extranjera piensa, habla y actúa en base a ese fin. Si se lamenta, su comportamiento estará obstaculizando el logro del fin. Si, en cambio, se informa sobre cuáles son los mejores libros, la disponibilidad de tal o cual diccionario, estará actuando para acercarse a su objetivo.

POR QUÉ NO GUSTA HABLAR DE DISCIPLINA

Cuando en los cursos que imparto pronuncio la palabra “disciplina”, a menudo sucede que la expresión de los participantes cambia y fruncen el ceño. Probablemente, la disciplina no es un término que guste demasiado. En realidad, esta representa una cualidad humana bellísima e igualmente deseable. De hecho, del mismo modo que es agradable cantar, saber conducir una moto o cocinar bien, es igualmente placentero poseer la habilidad de la disciplina. Se trata de una capacidad de la voluntad humana. La persona es capaz de querer ciertas cosas y la disciplina es una de sus expresiones. La disciplina es desagradable porque durante generaciones se ha enseñado mediante la constricción y la obligación, forzando al individuo. Podemos cambiar de punto de vista e imaginar la disciplina como una fantástica habilidad oculta bajo un desagradable vestido. Quien no logre quitarle el inadecuado disfraz y en consecuencia liberar la disciplina de la

constricción, no podrá verla y mucho menos conocerla.

El origen de la disciplina es una elección libre. Solo tras haber elegido libremente, un individuo es capaz de ordenar su comportamiento para lograr el fin que se ha propuesto. Una elección es libre cuando no viene impuesta por nadie. La imposición de la disciplina es el motivo de rechazo más frecuente de la misma. La disciplina solo puede nacer y desarrollarse de manera sana y completa cuando deriva de una decisión libre y consciente. Cuando se “obliga” a un niño, éste se agita, se rebela y comunica con su comportamiento: “No puedes obligarme”. A nadie le gusta que le obliguen. Para sentirse respetado, el ser humano necesita poder decidir de manera libre y consciente.

*El primer paso para
educar a un niño y
tener una disciplina
sana es respetar su
libertad de elección.*

El adulto decide por el niño

¿Cómo conciliar el principio de “respetar la libertad de elección del niño” cuando, realmente, “es el adulto quien decide por el niño”? En esencia, las dos realidades no están en conflicto entre sí, aunque pueda parecerlo. El adulto decide por el niño porque eso forma parte de su rol educativo. Los padres deciden por los hijos y los maestros por los alumnos. Sus elecciones tienen un objetivo preciso: que los niños y los adolescentes aprendan.

Los adultos consideran que deben escoger por los más jóvenes, aun así, dicha tarea educativa puede respetar plenamente la libertad de decisión de los niños o de los adolescentes. El comportamiento del adulto indica “Yo decido por ti para que tú puedas aprender y, más adelante, escogerás por ti mismo”. Además el adulto puede delinear las áreas en las que los niños y los adolescentes expresen sus elecciones.

El completo dominio de esta habilidad se muestra cuando el adulto es capaz de decidir por el niño y, al mismo tiempo, reconoce plenamente su libertad de elección y la respeta.

El adulto decide los elementos generales que garantizan la adquisición de las metas educativas de base y, dentro de este proceso, le permite al niño un espacio de maniobra y de autonomía que puede vivir con libertad de elección. La voluntad del niño y la del adulto no están por ello en conflicto; es más, se sostienen la una en la otra. Las experiencias que surgen de los niños y las que impulsan los adultos se pueden ir alternando de forma armoniosa.

COMPORTAMIENTO Y VOLUNTAD

No se puede educar el comportamiento, la conducta del niño o el joven, sin educar a la vez la voluntad. En otras palabras, en vez de indicar: “Haz esto: estudia”, es más

correcto decirles a los niños: “Te pido que elijas estudiar”. Una vez madurada la elección, el adolescente es capaz de originar dicho comportamiento de manera autónoma, como una consecuencia natural de la decisión tomada.

¿Qué pasa cuando el educador se ocupa solo del comportamiento? En presencia del adulto, el chico actúa correctamente, estudia, pero en cuanto el educador se aleja, el joven lo deja. El comportamiento está garantizado por la figura del educador, por eso se le puede imputar a él. Su ausencia pone en duda el resultado educativo: tal vez el chico seguirá estudiando, o tal vez no.

Cuando, la elección es expresión de una madurez personal, ésta es capaz de redirigir el comportamiento. Una vez madurada la decisión, se requerirá de todos modos tiempo y apoyo para desarrollar también la disciplina, es decir, la capacidad de dedicarse al estudio con intensidad. Aun así, el itinerario formativo será decididamente más fructífero y completo. Los adultos de hoy, en general, son el resultado de una educación en la cual, durante generaciones, la voluntad de los niños ha sido “podada” sistemáticamente, como una rama inoportuna que brota del seto. Los participantes de mis cursos recuerdan frases del tipo “Te pasas el día con el ‘quiero esto, quiero esto otro...’”, cuyo significado es: “Tú eres pequeño y no puedes desear”. Mi opinión es que los adultos temían la voluntad de los niños. Habrían podido pedir algo inadecuado, incómodo o difícil de gestionar.

Otro famoso comentario es el “¡Ya te lo había dicho yo!” que nuevamente afirma que “Si lo haces a tu modo, seguramente te equivocarás”. Para evitar el problema antes de su aparición, prefirieron bloquear la voluntad misma. El adulto ha impuesto su voluntad sin preocuparse por contribuir a un desarrollo sano y armonioso de la voluntad del niño.

Con el paso del tiempo, los educadores renunciaron a imponer su voluntad y aparecieron problemas de otra naturaleza: niños y adolescentes sin deseo. Como ha faltado un desarrollo de la voluntad a través de elecciones libres y auténticas, se ha creado una acumulación exagerada de “no quiero”. Para mejorar la calidad de la educación, es importante enseñar a los niños y a los adolescentes a escoger y también sostenerles en estas importantes experiencias.

La educación de la voluntad empieza “oficialmente” el primer día de escuela. Con el inicio formal del estudio, se le pide al niño que siga las indicaciones del maestro. La atención es dirigida de manera específica y esto requiere, a veces un sacrificio (renunciar a un deseo), y a veces un esfuerzo (seguir las instrucciones no es espontáneo). Para estudiar con éxito, el niño debe activar su voluntad. En ocasiones, nace un interés espontáneo, o bien la curiosidad hacia lo nuevo, pero llega un momento en que eso se agota y para seguir estudiando es necesario activar el deseo.

APRENDER A DESEAR

Cuando los niños aprenden a escribir y a leer se encuentran con dos desafíos del desarrollo: “saber hacer” y “querer hacer”. He aquí dos ejemplos: ser capaces de escribir y querer usar esta capacidad; saber cómo se ordena el cuarto y querer hacerlo. La tarea del educador es acompañar al niño en el proceso de aprendizaje y apoyarlo para que

maduren ambas habilidades: por un lado una capacidad técnica, y por otro un deseo interior de expresarse con el método adquirido.

Con amenazas y constricciones, el educador puede inducir al niño a escribir, pero no podrá ayudarlo a madurar una decisión. Esta es una razón de más para evitar el uso de la obligación, porque hay muchos niños y adolescentes capaces de hacer cosas pero que no quieren explotar su potencial.

Cuando al niño le gusta un determinado objeto o actividad, está espontáneamente atraído por el mismo y se implica sin ningún esfuerzo. Si le ofrecéis una comida que le guste, el niño se la comerá. Es una experiencia placentera de la vida.

Cuando en cambio le pedís al niño algo que no le procura un placer inmediato, obtendréis respuestas del tipo: “No quiero; hazlo tú; no me apetece; lo haré después...”.

Es un verdadero arte lograr respetar al niño y, a la vez, guiarlo para que experimente lo que deseamos enseñarle. Se le puede simplemente pedir que pruebe, que lo haga porque nosotros lo deseamos, por amor, o bien se le puede enseñar el uso de su propia voluntad.

Para transmitir dicha enseñanza es básico explicar que existen cosas que nos gustan y otras en cambio que son útiles y que se hacen para vivir bien. En otras palabras, algunas acciones a veces no nos gustan (por ejemplo, ordenar la habitación), pero su resultado es muy agradable (por ejemplo, una habitación ordenada).

Quien no supera la barrera del placer inmediato, no completa correctamente el ciclo del aprendizaje y no accede a un placer maduro.

Siendo afectuosos y firmes, se puede acompañar al niño a superar el “no me apetece” para que llegue a descubrir el uso de su voluntad: actuar por decisión, para un fin, por un valor, por un bien mayor. De este modo él, con emoción, descubrirá que existe un placer fácil e inmediato (como saborear un helado) y existe otro placer que hay que conquistar (como determinado resultado del estudio, por el que se ha trabajado tanto). En algunos ámbitos, no obtener enseguida el objeto deseado es bueno, porque a través de la experiencia de la conquista se puede experimentar una auténtica victoria. Si todo se produjese enseguida, de forma completa y accesible, no podríamos salir nunca victoriosos. Por eso, incluso el esfuerzo tiene una belleza propia.

CÓMO EDUCAR LA VOLUNTAD

El primer paso es crear contextos en los que el niño pueda escoger y expresar libremente sus deseos y sus necesidades. Cuando el niño haya manifestado una voluntad, es importante aceptarla y no ponerla en duda. Si el adulto considera oportuno satisfacer su petición, lo comunicará al niño y por tanto buscará y elaborará la mejor manera de poner en práctica su intención, pasará de las palabras a la experiencia.

En la fase práctica, es fundamental ceñirse a la intención inicial sin desviarse y no mostrar al niño todas las desventajas de su elección, por ejemplo: “¿Era necesario jugar a la pelota precisamente ahora? ¿No ves que oscurecerá dentro de poco?”. Por el contrario, si se presentan impedimentos, está bien ser propositivos: “Tú lo has intentado, hemos hecho lo posible, mañana podemos volver a intentarlo”.

Cuando concluya el ciclo, si el proyecto se ha realizado felizmente, se puede elogiar al niño y su experiencia: “¡Ha sido una muy buena idea, muy bien, te felicito!”. También es útil subrayar todo el proceso: “Has escogido este juego, has encontrado el juguete adecuado, has sido capaz de conseguir que tu hermano te ayude y he aquí el resultado: ¡muy bien!”. La idea se ha transformado en realidad. Los pensamientos, las palabras y las acciones se han dirigido hacia un fin y han producido un resultado. Si no se logra el resultado, igualmente hay que apreciar el proceso y hay que valorar el esfuerzo invertido. Se volverá a intentar con otro proyecto, con entusiasmo renovado.

Que no se logre el resultado no disminuye el valor del niño o la fuerza de sus habilidades, se trata solo de una característica de la vida: ¡no siempre todo puede salir a pedir de boca! Aceptar con dignidad la falta de resultado significa ser humildes y ceñirse a la realidad y permite, además, darse a uno mismo otra oportunidad. Cuando se oculta el fracaso o se rechaza, nos retiramos evitando exponernos de nuevo a otras elecciones y otros fines.

Será decisiva la relación afectuosa y de aceptación con el adulto: el amor es capaz de llenar el vacío dejado por un resultado muy deseado pero que, por desgracia, no ha llegado.

Educar la voluntad significa enseñar a atravesar correctamente el ciclo creativo: ser (escoger), hacer (esforzarse, actuar) y tener (obtener el resultado deseado). El educador debería sostener el ciclo creativo y estar presente en cada fase y, sobre todo, no debería ceder en los momentos de dificultad.

La voluntad se desarrolla a través de la adopción de una identidad. Empieza con el educador, que se plantea una meta, por ejemplo, que el niño aprenda a hacer los deberes solo; después origina una elección, por ejemplo, “Yo decido enseñarle a realizar por él mismo los deberes”. La suma de un fin y de una decisión produce una identidad (en este ejemplo: “Yo soy quien enseña al niño a hacer los deberes solo”).

El educador que actúa con la identidad adecuada, hablará con un tono de voz amable, transmitirá su intención propositiva, buscará maneras creativas de alcanzar el objetivo, estará abierto y se mostrará disponible. Podrá además enseñarle al niño esa misma capacidad: “Te invito a ponerte esta meta (hacer solo los deberes)”, a decidir (“yo decido aprender a hacer los deberes solo”) y a adoptar la identidad relativa a la misma (“yo soy quien aprende a hacer los deberes solo”).

El proceso adecuado de enseñanza en el campo de la voluntad, será el siguiente: primero el educador persigue una meta para el niño (“Yo deseo que aprendas”) y a continuación el niño asume la meta y la hace suya (“Yo deseo aprender”). El adulto no le impone al niño su propia voluntad (“Tú debes aprender”), sino que más bien usa su propia voluntad para educar y enseñar al niño cómo activar la suya propia.

Si falta voluntad, si el niño no tiene ganas de aprender, el educador cae en una trampa: obligar. El niño reacciona a la obligación adoptando una postura de defensa: trata de evitar la acción invasiva del educador. El adulto empuja y fuerza, el niño se escapa y se defiende. No son aliados en un único proceso de aprendizaje, sino más bien dos equipos enfrentados: uno trata de debilitar al otro. No persiguen un objetivo unitario (que el niño

aprenda), sino que cada uno tiene su propia finalidad: el adulto trata de dirigir al niño, que a su vez trata de evitar las indicaciones del educador.

El adulto usa la voluntad para obligar al niño y éste, a su vez, usa su voluntad para rehuir al adulto.

La voluntad del niño y la voluntad del adulto chocan entre sí cuando el educador no ha sabido educar correctamente en el área del deseo, cuando no ha logrado comunicar lo bastante las metas educativas que se había puesto y no ha sido capaz de hacer que se oiga su intención: “Yo deseo que tú aprendas”.

Con los adolescentes y jóvenes: poder escoger

Todos tenemos necesidad de un espacio de competencia en el que llevar a término nuestras propias decisiones. Cuando se respeta esta exigencia de base, emerge, espontáneamente, el placer de buscar cómo adecuar y sumar en relación a las intenciones y los proyectos de los demás.

En educación es de crucial importancia aclarar bien qué deciden los padres, qué decide el maestro y qué decide el joven. Si todos permanecen dentro del área de su competencia y respetan las elecciones del otro, no se colisiona.

Para hacer que el acuerdo y la aceptación aumenten, el educador puede informarse bien antes de presentar su elección, de modo que demuestre su sincera intención de decidir de la mejor manera. Puede preguntarle al joven: “¿Qué te gustaría a ti? ¿Qué opinas de esta posibilidad? ¿Cómo gestionarías este problema?” y en definitiva puede reafirmar: “He entendido perfectamente tu punto de vista y tus deseos. Trataré de satisfacerte pero, si no lo logro, acepta mi decisión y actúa en base a la misma de todos modos”.

Educar con amor y firmeza, sin estímulos dolorosos, permite llegar en definitiva a una elección libre y consecuente. Si el educador le pide al niño que aprenda, explicando el valor y la utilidad de su proceso de aprendizaje, llegará un momento en que el niño aprenderá. Como no se le ha obligado, se sentirá libre de escoger y podrá originarse en él una decisión propia y autónoma: podrá decidir aprender, adquirir conocimientos, conquistar habilidades. La belleza de educar con amor y firmeza reside precisamente en esto: el gran respeto que se le brinda al niño le permite llegar íntegro a la posibilidad de escoger.

Sumando las habilidades de relación que hemos ido describiendo, el educador puede concebir y enseñar la disciplina como una habilidad en la que la voluntad personal se ordena y se redirige para hacer realidad un fin y una condición de vida mejor.



Puntos clave

- ✓ La disciplina es la habilidad de ordenar los pensamientos, los sentimientos, las

palabras y las acciones en base a un fin.

- ✓ La disciplina cobra vida gracias a una elección libre y consciente.
- ✓ El educador puede decidir por el niño y a la vez respetar su libertad de elección.
- ✓ Es importante enseñar a “hacer” y a “decidir hacer” o bien a “desear”.

Para educar mejor antes necesitamos mejorar



*¿Algo bonito de mí?
Que no renuncio a mis retos.*

MATEO

El ser humano es capaz de expresar múltiples cualidades, y entre ellas destaca una muy significativa: la aspiración de mejorar. A pesar de todas las dificultades y límites, el ser humano tiende hacia una meta de crecimiento: un resultado mayor, una condición de vida más digna, una forma de expresión más elevada. ¿Por qué se orienta hacia la mejora? La respuesta a esta pregunta, en mi opinión, yace precisamente en la naturaleza del ser humano. Cuanto más se conozca a sí misma la persona, más sentirá que toda forma de mejora es justa y deseable y la perseguirá en consecuencia.

La búsqueda del progreso, aun así, no siempre es un camino fácil: ¿qué hay que cambiar? ¿Cómo llevar a cabo las transformaciones? ¿Por qué hacerlas? Pensando en la educación: ¿cuáles son los factores más importantes en este momento? ¿Qué es más urgente corregir?

Desde mi punto de vista es preferible dar prioridad a las habilidades humanas: la capacidad de enseñar correctamente, la voluntad de aprender y la habilidad de mantener buenas relaciones.

La mayor parte de los problemas actualmente presentes en el mundo de la educación se deben a una falta de aprendizaje o a la ausencia de colaboración. En consecuencia, su resolución puede surgir solo de nuevas habilidades personales a la hora de educar, comunicar e interaccionar.

CUANDO EL EDUCADOR ESTÁ MOTIVADO PARA MEJORAR

Durante las clases sobre educar con amor y firmeza, a menudo sucede que los padres

y maestros, en un momento dado, exclaman: “Para poder educar mejor, nosotros tenemos que mejorar”.

Esto es muy cierto. Se pueden desarrollar muchos aspectos de la vida cotidiana sin que se requiera para ello ninguna transformación personal. La educación, en cambio, no puede progresar sin adquirir a la vez una nueva madurez desde el punto de vista humano. La razón se debe al modo en que la educación tiene lugar: educar comporta una transmisión de un individuo a otro. El niño percibe y recibe todo aquello que su educador expresa y dichas experiencias concurren en el modelado de su personalidad. En consecuencia, para mejorar la calidad de la educación, uno de los puntos cruciales viene representado por un desarrollo innovador de las habilidades personales del educador.

Cuando un adulto ve cómo un niño se equivoca, querría que el comportamiento del niño cambiara. Muchos, de hecho, tienden a insistirle al niño para que éste modifique su acción. Por el contrario, la intervención educativa correcta es otra y reside en la modificación de las capacidades del educador que, en consecuencia, obtendrá la mejora deseada.

*Para que un
educador pueda
mejorar necesita
de nuevos
conocimientos para
saber cómo hacer;
nuevas habilidades
para poder hacer
y motivaciones
sinceras para
querer hacer.*

Se trata de una óptica nueva a la que no estamos acostumbrados, pero representa el camino más corto hacia una calidad más elevada de la educación.

La investigación sobre educar con amor y firmeza reconoce el papel central de la motivación para mejorar. Si se dispone de un conocimiento óptimo pero nadie está interesado en aplicarlo, entonces éste, aún siendo verdadero y exacto, resultará inútil.

La motivación es enteramente personal y se basa en una elección libre y consciente. Todos escogemos, de manera autónoma, si mejorar o no. No podemos obligar a una persona a cambiar la manera en que se expresa y actúa. Se trata de un desarrollo que se cimienta en la libertad de elección.

El respeto a la decisión individual es uno de los principios básicos que proponemos en esta obra.

A veces las indicaciones se dan sin tomar en consideración la elección personal, por ejemplo: “Se hace así”. *El arte de educar* es, en cambio, un recorrido que reconoce y respeta la libertad de elección. Los conceptos presentados aquí desean ser instrumentos útiles para producir mejoras en la calidad de la educación; pero, para que esto suceda, es

básico que estas mejoras sean elegidas, no impuestas.

El deseo de mejorar es un motor interior y espontáneo que impulsa a las personas a buscar medios y modelos para intentar algo nuevo. Se trata de una espléndida cualidad humana. Cuando no aparece espontáneamente, la motivación puede nacer también por efecto de la adquisición de una mayor madurez. Tras haber comprendido una serie de conceptos, la persona puede lograr una motivación que antes no estaba. Tomemos el ejemplo de un niño que no quiere estudiar gramática. Si reconoce la utilidad de la gramática, si comprende los resultados que puede lograr gracias a dicho conocimiento, podrá ir madurando gradualmente esa motivación para el estudio. El saber y la comprensión pueden también desencadenar una motivación.

*Cuanto más
informada esté
una persona,
normalmente, más
sensible será al
valor de la mejora.*

Por qué la mejora es importante en la educación

El hecho de que un educador trate de mejorar es particularmente significativo en la educación. ¿Por qué? Tratar de mejorar significa plantearse objetivos –por ejemplo, comunicarse de manera amable– actuar para lograrlos, equivocarse, corregirse y volverlo a intentar hasta alcanzar la meta deseada. Vivir esta experiencia de manera sincera y auténtica vuelve a la persona sensible, abierta y madura. El adulto experimenta y aprende lo que significa intentar algo y no lograrlo, sabe qué significa esforzarse y después equivocarse, reconocer un error y tener que corregirlo.

La experiencia de reparar un error, infunde además en el educador una dosis justa de humildad. Y la humildad le permite actuar con tacto cuando debe corregir al niño, le permite reconocer el esfuerzo del adolescente y apreciarlo; le enseña cómo ayudarles de verdad. Se trata de un principio operativo: el honesto esfuerzo de mejorar enseña cómo apoyar a los demás en su aventura de crecimiento y de aprendizaje.

*Tratar de mejorar
es una enseñanza
que evita de
manera espontánea
numerosos errores
educativos y enseña
continuamente
a comprender, a
aceptar y a ayudar
al otro.*

A veces los educadores corrigen a los niños con dureza, como si ellos no se hubieran equivocado jamás, o a menudo no reconocen el esfuerzo invertido para obedecer porque se da por hecho.

Marcando los errores e ignorando las acciones correctas, el educador termina por sugerir involuntariamente un camino equivocado.

¿Por qué tantas veces los niños hacen precisamente aquello que los educadores no quieren? Porque los niños hacen con exactitud aquello que los educadores comunican o lo que transmiten con sus intenciones y actitudes.

CÓMO SE PRODUCE EL DESARROLLO DE LAS HABILIDADES

¿Cómo puede mejorar el educador? El proceso de crecimiento de una habilidad humana puede concebirse en algunas etapas:

- *La decisión.* El crecimiento empieza con la decisión. Por ejemplo: “Yo decido educar con amor y firmeza, decido enseñar sin usar estímulos dolorosos”.
- *La acción.* La decisión va seguida de la acción. La persona trata de actuar en consonancia con esa elección.
- *Reafirmar la decisión.* Normalmente a la decisión y a la acción les siguen una serie de experiencias coronadas por el éxito pero llega un momento en el que se tropieza con un obstáculo, una dificultad o se comete un error. Muchas personas, en este punto, pierden la decisión inicial y renuncian a su intención de mejorar.

Para proseguir desarrollándonos es indispensable reafirmar la decisión, aunque el contexto sea desfavorable. Mantenerse en una elección es distinto a ser perfecto y no equivocarse nunca; aspectos por otro lado ideales e imposibles. Llevar a la práctica una decisión significa reafirmar un valor y actuar en función de éste, tratando de mantenerlo y salvaguardándolo lo mejor posible en cualquier contexto, también cuando hay dificultades.

- *Mantener la acción correcta.* El educador trata de actuar correctamente de forma sostenida en el tiempo, a pesar de los obstáculos con los que se encuentra o los fracasos que constata. Esta es una de las fases más difíciles en el proceso de desarrollo de una nueva habilidad, porque en el momento en que hay esfuerzo pero se carece de resultado, muchas personas ceden y renuncian a su proyecto.

La decisión que se mantiene durante un periodo de tiempo y va acompañada de acciones coherentes, origina una nueva habilidad. El educador se vuelve capaz de educar con amor y firmeza, sabe cómo enseñar y obtener el resultado educativo (que el niño aprenda) mediante sus habilidades relacionales y sin usar estímulos dolorosos.

La conquista de esta nueva habilidad otorga una inmensa alegría interior porque abre unas oportunidades inéditas de crecimiento.

APRENDER DEL ERROR Y DE LAS DIFICULTADES

Profundicemos en la etapa central del proceso de aprendizaje porque representa el rasgo más árido del trayecto: aquí es donde naufragan muchas buenas intenciones.

Cuando se constate un error, la persona lo reconocerá y lo remediará. Habiendo reafirmado su decisión, tratará nuevamente de educar con amor y firmeza.

Después de que el pasaje descrito arriba se haya recorrido más de una vez, esto es, después de haber cometido algunos errores y haberlos corregido, el educador empezará a darse cuenta del error mientras lo está cometiendo y podrá por tanto dirigir su comunicación de modo constructivo.

Tras algunas experiencias de este tipo, el educador reconocerá el impulso inicial que conduce al error y podrá renunciar a ello o bien podrá evitar equivocarse. Al corregir el propio error es también importante que el educador tenga una actitud positiva en relación a sí mismo: “Me he equivocado” no significa “No valgo”, sino más bien “Me estoy esforzando por mejorar, pero me he equivocado y ahora busco una manera más adecuada de comunicarme y de actuar”. Por eso, cometer un error no implica en absoluto una disminución del valor de la persona, tanto si quien ha tenido “un tropiezo” es el educador como si es el educando, es decir, el niño.

Pongamos el ejemplo de un educador que pierde la paciencia y alza la voz asustando al niño. El educador decide no perder la paciencia y no elevar demasiado el tono de voz si no es indispensable. Discurren con serenidad una serie de comunicaciones, pero en un momento dado se crea un instante de tensión y el educador pierde de nuevo la paciencia. Tras el acontecimiento, se da cuenta de lo sucedido e interviene corrigiendo esa actitud. Por ejemplo, puede decir: “Antes no quise asustarte, quería que me obedecieras porque era importante”. El educador reafirma su decisión y trata nuevamente de mantener una buena comunicación. En la situación de tensión sucesiva, se dará cuenta de que está elevando el tono de voz y en consecuencia lo irá rebajando gradualmente, concluyendo lo que dice con una frase pro positiva: “Ahora, busquemos juntos una buena solución”. Si el educador reafirma su decisión de querer mantener la cordialidad de la relación humana durante la secuencia de acontecimientos, aparecerá una nueva habilidad.

Cuando el educador siente el impulso de alzar la voz, lo reconoce y es capaz de renunciar a ello. Halla una manera firme y amable de guiar al niño a través de la experiencia que está experimentando. Descubre que puede expresar sus propias intenciones manteniendo un nuevo nivel de respeto del otro.

La dificultad

Recorrer todas las etapas del desarrollo de una nueva habilidad personal y completar ese proceso es difícil. La mayoría de las personas están de acuerdo con los principios expuestos pero temen la dificultad de su aplicación. Muchos comentan: “¡Sería bonito!”. Confirmando que aplicar los conceptos expuestos no es fácil, pero es posible. Con cierto esfuerzo, con un poco de persistencia y de tenacidad los educadores pueden asimilar capacidades nuevas que les harán mejorar como maestros y padres.

Cuando un educador usa estímulos dolorosos para enseñar, dicha acción proviene de la educación recibida, no de una voluntad de herir. Cuando el educador se siente bajo presión y no sabe qué hacer, se manifiesta de manera instintiva un modelo asimilado en la educación recibida. Se puede, en cambio, tomar una decisión y asumir una postura nueva, por ejemplo “Yo educo con amor y firmeza”. De este modo, los errores cometidos en el pasado se detienen y no se perpetúan. Los hijos se liberarán de los problemas de sus padres y de sus abuelos.

Por eso, por un lado, el educador puede “perdonarse” cuando se equivoca, mientras que por el otro puede ser fuerte y firme en sus intenciones y producir alguna forma de mejora. Es también importante ser bueno con uno mismo.

Imaginad un bellissimo objeto en una vitrina, con el precio anotado al lado: un precio alto. A veces la dificultad para mejorar como personas y lograr educar con amor y firmeza nos parece un precio que no podemos pagar, ¡pero no es así! Todos podemos intentar mejorar en algo, podemos obtener un cierto éxito y un resultado. Muy a menudo se descubre que este resultado, una vez conseguido, es aún más grande y precioso de lo que habíamos imaginado. Cada vez que un educador mejora un poco, siente que el esfuerzo invertido no era nada en relación al valor del resultado alcanzado.

*La decisión es
una acción muy
potente, capaz
de dar un curso
nuevo a las
experiencias de la
persona.*

Otra observación importante: cuando un educador trata de desarrollar una habilidad personal, a menudo al principio tiene la impresión de hallarse frente a un empeoramiento global. Por un lado aumentará su sensibilidad, reconocerá más sus errores y le harán sufrir en mayor medida. De hecho, cuando una persona trata de mejorar, advierte cada error que comete; cuando en cambio no tiene esta intención, simplemente atribuye la culpa a los demás o bien a la vida. Por otro lado, será duro certificar la falta de ayuda y de colaboración por parte de los demás.

Cuando un educador se encuentra con una dificultad le invito a recordar que los impedimentos –inevitables– hay que superarlos. No tenemos que permitir a los obstáculos hacer nuestro universo más angosto.

En definitiva, es verdad que educar con amor y firmeza es difícil porque no hemos recibido este tipo de educación, pero también es verdad que para los niños y los adolescentes es difícil aprender a crecer si no reciben el acompañamiento de unos adultos firmes y afectuosos.

Un recorrido autocorrectivo

Así como para el veneno existe el antídoto, también para la dificultad existe el alivio.

El proceso de desarrollo de las habilidades humanas es autocorrectivo; es decir, que cada vez que una persona trata de actuar de una manera mejor, aumenta levemente su capacidad. Intentando educar con amor y firmeza, el educador va adquiriendo gradualmente esta capacidad: logra obtener de forma cada vez más fácil el resultado educativo usando sus habilidades de relación y evitando estímulos dolorosos.

*Ningún esfuerzo
resulta un
desperdicio; todo
intento de educar
correctamente
contribuye a la
conquista de un
proceso educativo
mejorado.*

Al principio el crecimiento puede parecer imperceptible pero, con el paso del tiempo, el educador puede observar y reconocer con claridad que ha avanzado. Los errores de relación serán cada vez más raros y su intensidad habrá disminuido.

EDUCAR CON AMOR Y FIRMEZA, FUNCIONA

Una de las razones principales por las que los educadores en ocasiones renuncian a educar con amor y firmeza, recayendo en los canales tradicionales, reside en el hecho de que, una vez comprendidos los conceptos, no logramos enseguida la perfección en su aplicación. Los padres y los maestros quisieran ser capaces de poner en práctica inmediatamente todo lo que han comprendido. No están dispuestos a probar, equivocarse y corregir sus propios errores. En realidad, toda forma de aprendizaje pasa a través de un periodo en el que somos “aprendices”: probar y actuar concretamente, aun no teniendo plena maestría en una determinada disciplina.

El adulto dispuesto a aprender, primero sostendrá la dificultad de confrontarse con sus límites y después realizará un descubrimiento muy agradable. El mero hecho de “tratar” de educar con amor y firmeza, sin lograrlo siempre, ya produce resultados positivos y evidentes. Por ello, no es necesario que el adulto sea perfecto para aportar mejoras: ¡sus honestos intentos ya son suficiente!

A veces los educadores se plantean preguntas del tipo: ¿qué pasa si yo trato de educar con amor y firmeza y los demás no? ¿Todo mi esfuerzo resultará inútil? ¿Cómo reaccionará el niño al ver a otros educadores usar estímulos dolorosos?

Educar con amor y firmeza es un conjunto de habilidades humanas que hay que concebir como una conquista gradual, que hay que madurar mediante pequeños pasos. En este

camino, todo gesto propositivo ayuda y contribuye a marcar un nuevo recorrido. Todo conocimiento adquirido sin estímulos dolorosos representa un valor, un bien personal y colectivo. Una respuesta a las preguntas de esta naturaleza puede ser: tratar de educar mejor es siempre útil y los niños lo agradecerán. Toda forma de mejora representa un bien y es obvio que su desarrollo será gradual.

Si nos enfrentamos a una acción educativa respetuosa, llevada a cabo con amor y firmeza, y a una reacción instintiva –que es más un desahogo personal que un intento de enseñar– ¿cuál de las dos consideramos más útil para el desarrollo del niño? ¿En qué dirección deseamos que se dirija la educación? Es obvio, en mi opinión, que hay que escoger lo mejor para las nuevas generaciones y encaminarse hacia metas constructivas.

Un educador que mejora enseña también esta cualidad personal tan útil, y para el niño será natural y placentero mejorar también. No se puede ser perfecto, pero siempre se puede hacer mejor.



Puntos clave

- ✓ La educación se suele transmitir con el mismo sistema que se recibió en la infancia.
- ✓ El educador puede, si lo desea, decidir mejorar el modo en que educa.
- ✓ Para desarrollar una determinada habilidad humana, se puede recorrer el siguiente itinerario: tomar una decisión; actuar para llevar a cabo la decisión; en los momentos de dificultad reafirmar la decisión; y mantener el esfuerzo hasta el logro de esa nueva habilidad.
- ✓ Mejorar el modo en que se educa es difícil pero posible y es un bien de gran valor.

Un viaje a lo más bello de la persona



*¿Algo bonito de mí?
Que estoy llena de alegría*
LUCÍA

Cuando un educador adquiere la completa maestría en el acto educativo, se vuelve capaz de guiar al niño hasta el pleno aprendizaje de todo conocimiento o bien hasta el dominio de toda habilidad, manteniendo el respeto en relación a él. El proceso de aprender se produce en una relación afectuosa y se da a través de una secuencia de experiencias formativas de naturaleza propositiva.

Imaginemos una persona que se aleja de un punto de partida hacia un punto de llegada con una bola de cristal en la mano. Su intención es recorrer el trayecto y llegar al destino sin perder ni romper la bola. De manera similar, el educador, acompaña al niño desde el punto en que “no sabe” hasta la posición en la que ya “comprende, sabe y quiere hacer”, cuidando de él durante todo el recorrido. Desea verlo crecer y madurar y no quiere herirlo de ninguna manera.

*Cuando se ha
logrado la capacidad
de enseñar
manteniendo el
pleno respeto por
el otro, entonces
educar se convierte
en un viaje a
la belleza de la
persona.*

Otra metáfora muy sugerente es la de la mujer que transporta en la cabeza un cántaro lleno de agua. Lo que intenta es que llegue entero hasta su casa.

El educador, estará atento a conservar la relación, es decir, a mantener el respeto recíproco necesario para que el contacto humano siga abierto y vivo.

El educador puede mostrar sus capacidades y sentirse comprendido y acogido. Puede acompañar al niño a través de las experiencias, puede guiarlo sin “atropellarlo” y convertirse en un verdadero punto de referencia. Desde el momento en que gana la seguridad en sus propias acciones educativas, podrá concederse el placer de apreciar la belleza del niño y, ¿por qué no?, podrá también aprender de él.

La acción educativa adopta su forma ideal: se vive como un nutrirse a través de la relación y se basa en el placer de estar juntos.

Tratando de educar con el compromiso de mantener un alto respeto por el niño, el adulto descubrirá gradualmente que el respeto precisamente es una exigencia primaria de la relación humana: es primordial recibirlo, pero aún más darlo. El ser humano, por su naturaleza, tiene la necesidad de dar y de recibir respeto en las relaciones con los demás. Tratar de modo sincero de gestionar cada situación sin perder el respeto por la relación humana es una acción que activa un proceso de crecimiento de la persona. Acciones dirigidas que producen determinadas formas de desarrollo: quien estudia mucho, hace que aumenten sus conocimientos y su preparación; quien hace cada día ejercicio físico, tendrá un cuerpo fuerte, elástico y resistente; quien se esfuerza en el trabajo obtendrá éxito profesional. ¡Todo impulso produce un efecto!

Comunicar y esforzarse por mantener vivo el reconocimiento del otro como individuo consciente y en consecuencia mantener vivo el respeto por él y por su libertad de elección, es una acción que produce un crecimiento de la persona y de la calidad de las relaciones. Como consecuencia de este esfuerzo, se producirá una forma de madurez y se pondrán de manifiesto habilidades inéditas que permitirán interaccionar con la vida de una manera mejor.

Cuando un adulto educa a un niño se somete a una prueba, ya que se tropieza con los límites debidos a la educación que recibió, a su propia historia personal y al contexto en el que se encuentra. Tratando de educar de forma amorosa y firme, primero chocará con estos límites y después aprenderá a superarlos de manera correcta.

Con la conquista de cada nuevo logro, las habilidades humanas van aumentando gradualmente. Desaparecen los problemas y tensiones que antes aparecían en las experiencias cotidianas, dejando en su lugar colaboraciones positivas y afectuosas. Cuando la voluntad de mejora está ausente, los acontecimientos tienden a pesarle a la persona y no son fuente de crecimiento.

*Como los guijarros
de la playa son
modelados por
el dulce afanarse
de las olas, de
manera similar,*

*las experiencias
cotidianas hacen
madurar al
educador que ha
decidido mejorar.*

Por eso, las experiencias de la vida cotidiana pueden ser la razón por las que la persona crezca y mejore o bien la causa de su decadencia y malestar. La diferencia radica en la naturaleza de la relación que se instaura con las experiencias mismas o bien en el modo en que se viven: de qué decisiones derivan, con qué ideas de partida y con qué intenciones se desarrollan.

EDUCAR CON HABILIDADES DE RELACIÓN

Sin duda, una de las metas futuras de la educación es educar con habilidad relacional, es decir, obtener el resultado educativo —que el niño aprenda— a través de la comunicación, el respeto, la colaboración, la firmeza...

En la cultura occidental, durante generaciones, la educación se ha basado en el “atropello” tanto físico como moral. Era cotidiano el uso de castigos y constricciones para lograr el aprendizaje y la obediencia. Este método ha producido determinados resultados, los niños han aprendido; pero también ha procurado muchos malestares y efectos negativos como la rebelión, la apatía, el miedo, la falsedad... Las personalidades formadas en base a dicho planteamiento han logrado ciertas habilidades pero a la vez han mostrado también los límites del método. Esta experiencia se ha conocido y experimentado en profundidad.

Tras numerosas conquistas de la educación, se revela prioritario afrontar el factor humano y superar —en tanto que obsoleto— el uso del “atropello” como instrumento para enseñar. El niño debe aprender a través de una relación humana basada en el respeto. ¿Cuáles son las consecuencias de esta experiencia? Si a un niño se le respeta profundamente en las diversas situaciones de la cotidianidad, si aprende sin que le atropellen, ¿qué pasará? He aquí un espacio nuevo, a descubrir.

A veces las personas no logran siquiera imaginar un recorrido de aprendizaje libre de la obligación. Si a un niño se le respeta, si es verdaderamente libre, entonces juega, se divierte y no aprende nada. Si un niño obedece, entonces se le oprime, se le obliga, debe hacer las cosas.

Existe en cambio otra posibilidad: el niño aprende y sigue las indicaciones por la relación que ha instaurado con su educador. Puede aplicar una disciplina porque se le pide, por la relación establecida. Puede asimilar nociones porque comprende que éstas le sirven para su formación y porque como se le respeta, se ha vuelto capaz de respetar a su educador y sus indicaciones.

Si un niño obedece espontáneamente, no es necesario obligarle o constreñirle. Pero esta cualidad no hay que buscarla en el niño; es una capacidad que empieza en el educador.

*Ser educados con
amor y firmeza
abre ante ellos una
nueva percepción
de sí mismos, de
los demás y de la
vida y les permite
liberar habilidades
humanas inéditas.*

Un niño que aprende sin que su educador le “atropelle”, ¿cómo interacciona con los demás y con la vida? En primer lugar respetando a las personas y el contexto en el que vive, aplicando sus habilidades de relación y evitando espontáneamente el atropello. Concibe objetivos personales que representan una auténtica y madura expresión de él mismo. Tiene la capacidad de perseguir las metas elegidas y lograrlas sin dañar a los demás y sin quitarles nada. Se revelan así nuevos escenarios relacionados con la realización en el plano personal y en la cooperación social.

FAVORECER LA MADUREZ Y EL ÉXITO DE LA PERSONA

En la historia de la educación se han perseguido diversos objetivos: la supervivencia, el bienestar material, la salud, la seguridad, el conocimiento, el saber...

El próximo objetivo en la educación actual es *favorecer la madurez de la persona y sus habilidades de relación*.

Esta meta requiere cada vez más, y en ocasiones de manera dramática, de gran atención. De hecho, tras haber respondido a las necesidades del conocimiento (datos, informaciones, libros e instrumentos a nuestra disposición) es necesario responder de una manera nueva a las necesidades de la persona, sobre todo a la necesidad de conocerse a sí misma y aprender a interaccionar de manera adecuada con los demás y con la vida.

Este objetivo puede también ser concebido como el éxito de la persona como tal. Es decir, un joven capaz de reconocer sus propias cualidades y de realizarlas en su propio contexto de vida; capaz de instaurar relaciones afectivas y profesionales sanas y estables en el tiempo, relaciones basadas en una comunicación correcta y en el respeto.

*La conciencia
de uno mismo
es la madurez
que orienta los
conocimientos y
las habilidades de
manera constructiva
y representa uno de
los grandes retos
del futuro.*

El éxito pleno de la persona no depende solo de la cantidad y la calidad de las nociones que haya aprendido o de las habilidades que haya logrado, sino que se funda también, y sobre todo, en la conciencia de uno mismo. Un joven puede poseer numerosas y precisas nociones y aun así no saber tomar las decisiones más adecuadas para él. En la formación de la persona, la adquisición de ciertas nociones y el desarrollo de ciertas habilidades que se cimentan en la experiencia cotidiana otorgan un importante poder de acción. En cambio, la conciencia de uno mismo otorga un profundo significado existencial, la percepción del valor humano, la ética, el sentido de lo justo y una dirección en la vida. Las habilidades y los conocimientos pueden así aplicarse para satisfacer unos fines éticos.

El simple deseo por parte de los padres y los maestros de dirigirse hacia este logro humano –una mayor expresión personal y mejores relaciones– puede ya producir cambios positivos. Después, si a la motivación le sigue la adquisición de habilidades más refinadas, los resultados pueden ser realmente extraordinarios.

DESCUBRIR LA BELLEZA DE CADA PERSONA

Cuando un educador trata durante un tiempo de educar con amor y firmeza, y pese a encontrar dificultades no renuncia a su proyecto y persiste en sus propias intenciones, empezará a descubrir en un momento dado una nueva dimensión de la belleza humana. Comprometiéndose a enseñar y al mismo tiempo reconociendo al niño como individuo consciente y respetándolo, el adulto aplica su voluntad en pro de un fin. Este esfuerzo de voluntad que se mantiene a pesar del “torbellino” de la rutina cotidiana, desencadena en el educador un particular proceso: una mayor madurez, lo cual hace que emerja la belleza de su persona.

Cuando se tiene una meta educativa en relación a un hijo o a un grupo de alumnos, uno se esfuerza en realizarla a pesar de las dificultades y trata honestamente de mejorar; esta experiencia hace que surja una particular belleza y muestra el valor del individuo.

Imaginemos una persona que quiere enseñar a su hijo a hacer los deberes y en el momento en que se encuentra con las primeras dificultades, renuncia a este objetivo. Después la misma persona le pide a su hijo que ordene la habitación y cuando éste se niega, abandona también este segundo objetivo.

Renunciar es más fácil que persistir, renunciar es más cómodo pero no otorga ningún éxito. Invertir nuestra voluntad en pro de un fin es más agotador pero es el único instrumento que nos permite obtener determinados resultados.

¿Y qué sucede del otro lado, desde la niño? El niño al que se le educa con amor y profundamente visto, reconocido y respetado. Se siente seguro y no tiene la exigencia de defenderse de su educador, no tiene necesidad de esconderse, de mentir o de fingir. No advierte la exigencia de luchar contra el adulto para reafirmarse. Por eso será natural para él expresarse de manera sincera y completa. La expresión de uno mismo, cuando es pura e inmediata, asombra siempre por su belleza.

*El educador que se
esfuerza con toda
su voluntad para
educar mejor, hará
emerger la belleza
de la persona.*

La aplicada voluntad del adulto para educar de una manera mejor se convierte por ello en una doble fuente de progreso. Es crecimiento para el adulto, que presencia cómo aumentan sus habilidades de relación y demuestra su valor personal. Es, a la vez, crecimiento para el niño que, al ser respetado y acogido en mayor medida, puede expresarse y revelar su singular belleza.

Todo educador puede ofrecerle a un niño innumerables experiencias, y sin duda una de las más preciosas es una relación humana auténtica y elevada, porque dicha relación le permitirá crecer como individuo y convertirse en una bellísima persona.

“EDUCADORES XXI”

Una Colección que intenta delinear, bajo distintos aspectos y ámbitos,
la figura de los docentes en el siglo XXI:
su personalidad, su rol, sus intereses, sus valores, sus inquietudes,
sus perspectivas, sus funciones, etc.

Para ser y sentirse capaces de educar a los alumnos y alumnas del siglo XXI.

TÍTULOS PUBLICADOS:

BAZARRA, L., CASANOVA, O. y GARCÍA UGARTE, J.: *Ser profesor y dirigir profesores en tiempos de cambio.*

BEAUDOIN, N.: *Una escuela para cada estudiante. La relación interpersonal, clave del proceso educativo.*

CLAXTON, G. y LUCAS, B.: *Para educar a Ruby. Confianza, Curiosidad, Colaboración, Comunicación, Creatividad, Compromiso, Capacidad técnica.*

CORTELLA, M. S.: *Escuela, docencia y educación. Nuevos tiempos, nuevas actitudes.*

- *Convivencia, ética y educación. Audacia y esperanza.*

DAY, Ch.: *Pasión por enseñar. La identidad personal y profesional del docente y sus valores.*

- y GU, Q.: *Educadores resilientes, escuelas resilientes. Construir y sostener la calidad educativa en tiempos difíciles.*

GERVER, R.: *Simple Thinking. Cómo evitar la complejidad de la vida y del trabajo.*

HAIGH, A.: *Enseñar bien es un arte. Sugerencias para principiantes.*

HOLMES, E.: *El bienestar de los docentes. Guía para controlar el estrés y sentirse bien personal y profesionalmente.*

LEAMAN, L.: *Los profesores “perfectos” existen. Descubriendo lo mejor de uno mismo.*

LÓPEZ RUPÉREZ, F.: *Fortalecer la profesión docente. Un desafío crucial.* MANÚ, J. M. y GOYARROLA, I.: *Docentes competentes. Por una educación de calidad.*

MARQUES, R.: *Profesores muy motivados. Un liderazgo positivo promueve el bienestar docente.*

- *Saber educar. Un arte y una vocación.*

MONARCA, H.: *Los fines en educación. Sobre la necesidad de recuperar y revisar el debate teleológico.*

PÉREZ ESCLARÍN, A.: *Educación para humanizar.*

SANCHES, M. A.: *Educación es creer en la persona.*

TIANI BRUNELLI, S.: *Educación con amor y firmeza.*

URBIETA, J. R.: *El regalo de sí mismo. Educarnos para educar.* ZABALZA, M. A. y ZABALZA

CERDEIRIÑA, M.^a A.: *Profesores y profesión docente. Entre el “ser” y el “estar”.*

© NARCEA, S.A. DE EDICIONES, 2017
Paseo Imperial 53-55, 28005 Madrid. España
www.narceaediciones.es

© Podresca Edizioni. Italia
Título original: *Educare con amore e fermezza*

Traducción: Sara Alcina Zayas

ISBN papel: 978-84-277-2358-0
ISBN ePub: 978-84-277-2359-7
ISBN ePub: 978-84-277-2360-3

Todos los derechos reservados

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.es) vela por el respeto de los citados derechos.

PAT DOLAN y BERNADINE BRADY

Mentoría de menores y jóvenes

GUÍA PRÁCTICA



Mentoría de menores y jóvenes

Dolan, Pat

9788427722699

152 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Sabemos por experiencia que una relación duradera con un adulto en el que se confíe, y que sea merecedor de esa confianza, puede cambiarlo todo en la vida de un joven. La mentoría de menores constituye una forma eficaz de apoyar a jóvenes y menores con problemas, ayudándolos a sostener una salud mental positiva, a afrontar el estrés y a llevar una vida satisfactoria, durante la adolescencia y en el inicio de la edad adulta. Este libro, partiendo de recientes investigaciones sobre el tema, ofrece consejos prácticos para establecer Programas eficaces de mentoría. Describe, paso a paso, cómo llevar a cabo la mentoría de menores en el entorno escolar, así como la mentoría para jóvenes vulnerables y de colectivos con necesidades educativas especiales. Ilustra sobre diferentes modelos de mentoría y presenta estrategias prácticas para evaluar, implementar y supervisar la relación de mentoría y sus resultados, logrando así mentorizar con éxito y desarrollar un apoyo social efectivo en los jóvenes. Constituye una Guía esencial para las personas que trabajen con menores y jóvenes, incluyendo a trabajadores sociales, personal de centros para menores y de centros de acogida, trabajadores de desarrollo comunitario, educadores y docentes.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Nuevas claves para la Docencia Universitaria en el Espacio Europeo de Educación Superior

Benito, Águeda

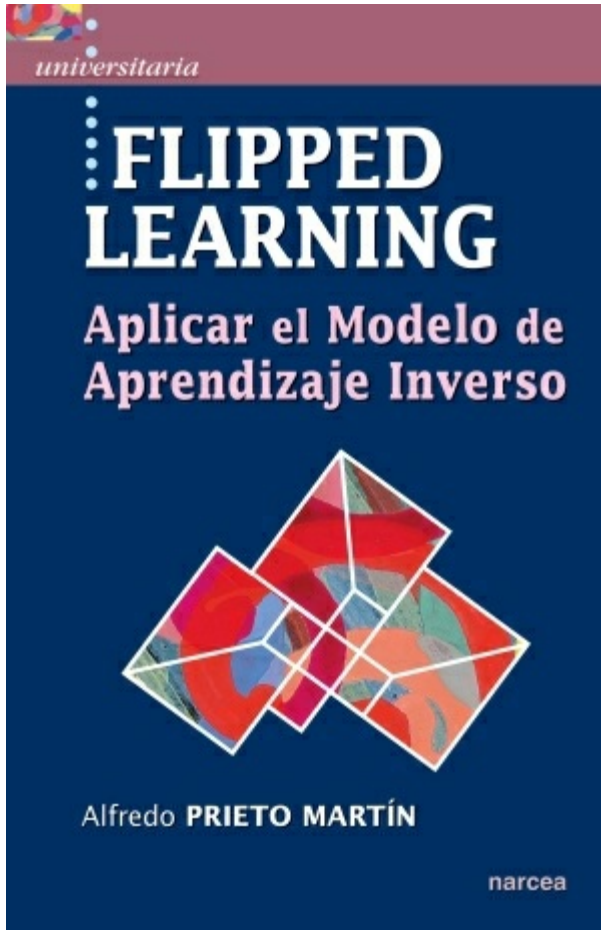
9788427722583

144 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La redefinición de los objetivos de la Educación Superior que supone el proceso de convergencia europea implica grandes novedades en el planteamiento de la enseñanza que viene desarrollándose en las universidades. Este libro de naturaleza práctica e ilustrado permanentemente por ejemplos concretos y recomendaciones sencillas, pretende facilitar el cambio docente necesario para la verdadera construcción del Espacio Europeo de Educación Superior. Los autores comienzan describiendo los elementos fundamentales del nuevo enfoque docente, extendiéndose posteriormente en la descripción de un conjunto de herramientas que pueden hacer posible el cambio. Además de abordar la descripción práctica de los métodos activos de enseñanza-aprendizaje y el seguimiento del alumnado por parte del profesor, este libro dedica sendos módulos a la evaluación y a la utilización de las TICs en la Educación Superior, contemplando, finalmente, algunas recomendaciones para el desarrollo integrado de la actividad docente e investigadora del profesorado universitario.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Flipped learning

Prieto Martín, Alfredo

9788427723481

208 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Aporta al profesorado todos los conocimientos y estrategias que necesita adquirir para llevar a cabo con éxito el modelo de aprendizaje inverso (flipped learning) que tan buenos resultados está dando a miles de profesores de todos los niveles educativos en el mundo. El libro es un manual de ayuda para docentes que quieren empezar a implementar metodologías de aula inversa en sus asignaturas. Aporta conocimientos básicos sobre el modelo de aprendizaje inverso, así como información relevante sobre las distintas metodologías y herramientas tecnológicas que pueden usarse en distintas asignaturas y áreas de conocimiento. Especialmente útiles son los capítulos en los que se explica cómo implementar las distintas metodologías de fomento del estudio previo (Just-in-Time Teaching, Peer Instruction, Team Based Learning y PEPEOLA) y cómo lograr motivar a los alumnos a realizar el estudio previo mediante técnicas de marketing del modelo y de gamificación. También es de gran utilidad el capítulo sobre cómo analizar las respuestas de los alumnos tras la interacción con los materiales, a fin de conocer cuáles son sus intereses y dificultades reales; en el libro se muestran diversos modos de aprovechar este feedforward procedente de los alumnos para replantear las clases, teniendo en cuenta sus intereses y dificultades, proporcionándoles así el feedback que más necesitan. Finalmente, el libro presenta también resultados de experiencias de este modelo, llevadas a cabo con éxito en varias asignaturas universitarias de distintos grados.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

MERCEDES BLANCHARD y M^a DOLORES MUZÁS

LOS PROYECTOS DE APRENDIZAJE

*Un marco metodológico clave
para la innovación*



narcea

Los Proyectos de Aprendizaje

Blanchard, Mercedes

9788427722101

208 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Qué se entiende por innovar? ¿Cuáles son los planteamientos educativos concretos a los que deberá responder una institución educativa que quiera ser innovadora? El libro presenta, en primer lugar, una reflexión teórica sobre el sentido, presupuestos y elementos básicos de la innovación educativa. Y, en segundo lugar, los resultados de los procesos llevados a cabo con equipos docentes y comunidades educativas de diferentes niveles. Responde a la cuestión qué se entiende por innovar y facilita algunas claves que pueden ayudar a reconocer este proceso, cuando se produce con la intencionalidad y la implicación del profesorado. Presenta los grandes marcos teóricos que propician la actuación innovadora en el aula, tales como la enseñanza para la comprensión, las inteligencias múltiples, el pensamiento crítico y creativo y los Proyectos de Aprendizaje, por considerar que estos son los marcos teóricos, idóneos y más ajustados a una innovación real y efectiva. Además, desarrolla todo lo relacionado a los Proyectos de Aprendizaje para la Comprensión: su proceso detallado de planificación, aplicación y evaluación, y sus inmensas posibilidades para involucrar al alumnado de cualquier edad. La segunda parte de la obra presenta el desarrollo completo y pormenorizado de cuatro Proyectos de Aprendizaje desarrollados en diferentes etapas, desde la educación infantil hasta la educación superior. Los Proyectos funcionan bien en manos de profesionales que se plantean su trabajo en equipo, de manera comprometida, que toman las riendas de su propio desarrollo profesional y que están convencidos de que los alumnos y alumnas son los verdaderos protagonistas de su propio proceso de aprendizaje.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Elena FRANKLIN

GeMeLos

Orientaciones
SOBRE SU **Crianza**
y **Desarrollo**
Psicológico

EN LA FAMILIA
Y EN LA ESCUELA



narcea

Gemelos. Orientaciones sobre su crianza y desarrollo psicológico

Franklin, Elena

9788427722002

152 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este libro, escrito en un lenguaje sencillo, asequible y a la vez riguroso, tiene un doble propósito, contribuir al conocimiento teórico sobre aspectos particulares del desarrollo psicológico en gemelos y mellizos y, a la vez, servir de instrumento de ayuda y orientación práctica a los padres, familiares y docentes sobre cómo anticipar, comprender y también resolver y mejorar aspectos específicos durante la crianza, evolución y desarrollo de múltiples. La obra explica el desarrollo y crianza de gemelos y mellizos desde la concepción hasta la adolescencia, enfatizando sus características psicológicas y afectivo-sociales, combinando los conocimientos científicos del tema con la experiencia de la propia autora quien, además de ser madre de dos parejas de gemelos y abuela de otro par, es psicóloga y experta en este tema. En el último capítulo se narran algunas experiencias difíciles, y cómo afrontarlas, cuando un gemelo sobrevive al otro, para culminar con variados testimonios y vivencias de familias donde se han dado partos de gemelos y mellizos. Incluye un Glosario que ayudará a los diferentes lectores a la mejor comprensión de la obra.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Índice

Título	2
Índice	3
Prólogo	5
Introducción	7
1. Qué necesita realmente la educación de hoy	9
El valor de la educación	9
Entre la rigidez y la permisividad	10
Educación y socialización	11
Cómo puede evolucionar y progresar la educación	13
2. Una relación sincera basada en la colaboración	16
Amor y firmeza a la vez	17
El reconocimiento del individuo	18
La educación se produce en la relación	20
Las habilidades de relación	23
3. La habilidad de educar con amor y firmeza	26
Usar la mínima fuerza necesaria	26
No dar apelativos negativos	27
No temer las reacciones	31
Dar indicaciones claras y directas	32
4. La experiencia del límite	35
Qué es el límite	35
Superar los límites	37
Enfrentar los límites es descubrir cómo funciona la vida	39
Qué sucede cuando se experimenta el límite	40
5. Vivir correctamente la experiencia del límite	42
Reconocer, comprender, aceptar y respetar el límite	42
Respetar los límites hace a la persona segura y fuerte	45
Modo de poner los límites	47
6. Educar sin estímulos dolorosos	49
Consecuencias del estímulo doloroso	52
Educar motivando	54

Prevenir las dificultades	56
Cuando falta el amor y cuando falta la firmeza	56
7. El ciclo del aprendizaje	59
Un viaje a la conquista del conocimiento	59
Las etapas del aprendizaje: aciertos y errores	60
Algunas estrategias importantes	62
8. La disciplina como habilidad	67
Por qué no gusta hablar de disciplina	67
Comportamiento y voluntad	68
Aprender a desear	69
Cómo educar la voluntad	70
9. Para educar mejor antes necesitamos mejorar	74
Cuando el educador está motivado para mejorar	74
Cómo se produce el desarrollo de las habilidades	77
Aprender del error y de las dificultades	78
10. Un viaje a lo más bello de la persona	82
Educar con habilidades de relación	84
Favorecer la madurez y el éxito de la persona	85
Descubrir la belleza de cada persona	86
Página de créditos	89